¿Por qué regalo mis libros?

Porque creo que lo más valioso no es lo que se compra, sino lo que compartimos. Considero que nuestras historias valen más que cualquier libro.

Si juntamos nuestras voces, podemos escribir algo que nunca se ha hecho: la verdadera historia de nosotros, los seres comunes. No la que escribieron unos cuantos, sino la que vivimos todos.

Por eso, este libro es tuyo, gratis. Y a cambio solo te pido una cosa:

Regálame un pedacito de ti.

Con tus historias construiremos una comunidad tan grande, tan unida, que nos permita levantar casas para cuidar a nuestros adultos mayores y a los niños que no tienen familia. Tu palabra no solo se guarda: ayuda a alguien real.

📝 ¿Te animas a compartir tu historia?
Comenta en nuestras redes sociales o visítanos en:
editorialvita.com

Juntos estamos construyendo la biblioteca digital escrita por la verdadera humanidad. Y tu voz no se perderá aquí — servirá para cuidar.

KIREN 2

EL ÉXODO BUSCANDO A VITA



Este es un libro de 23 escritos en 53 días no soy escritor, soy cuentacuentos, soy TU PAYASO™

TU PAYASO

KIREN 2 EL ÉXODO
BUSCANDO A VITA

TU PAYASO™

libros gratuitos en editorialvita.com

KIREN 2 EL ÉXODO
BUSCANDO A VITA

libros gratuitos en editorialvita.com

© 2026, TU PAYASO™ Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito del titular del *derecho de autor* .

Autor: TU PAYASO™

CONTACTO: tupayasokiren@gmail.com

ISBN: En trámite.

Diseño de portada y maquetación: Del autor

Obra inscrita en el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR). Registro en trámite.

TODOS LOS PERSONAJES Y SITUACIONES DE ESTA HISTORIA SON FICTICIOS, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES MERA COINCIDENCIA

Hecho en México

NOTA DEL AUTOR
El Origen de Simbiosis 180°

Esta obra que tienes en tus manos es el testimonio de un rescate. No nació de la comodidad, sino de la limitación total. Hubo un momento en que mi cuerpo no respondía; donde intentar moverme incluso en una silla resultaba imposible y doloroso. Fue en ese punto de quiebre donde comprendí que para recuperar mi mente, primero tenía que rescatar mi soporte físico. Así nació Simbiosis 180: un giro total de vida basado en la verdad de que la claridad mental es hija de la fortaleza física. Al conectar de nuevo mi cuerpo con mi cerebro, la energía fluyó de tal manera que me permitió dictar estos 15 libros en apenas 41 días. Esta obra es parte de ese sistema de transformación. La pongo a tu disposición para demostrarte que, sin importar qué tan limitada sientas tu vida hoy, siempre es posible dar ese giro de 180 grados y empezar de nuevo.

Esta historia no es solo una narración de supervivencia en un mundo destruido. Es una reflexión sobre lo que realmente nos hace fuertes: no son las máquinas, ni la tecnología, ni lo que acumulamos, sino la capacidad de usar lo que tenemos, de aprender de la necesidad y de compartir el conocimiento.

El lema "Caga duro, corta fino" resume todo: no hay desperdicio, no hay lujos, solo ingenio y voluntad. Cuando todo te lo han quitado, te das cuenta de que lo más valioso siempre lo has llevado contigo: el trabajo, la solidaridad y la esperanza.

Libros gratuitos en editorialvita.com

Que este libro sirva para recordar que mientras haya personas dispuestas a enseñar y a aprender, siempre habrá camino.

— Tu Payaso™

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN..... 1
EL LATIDO QUE NO SE APAGÓ..... 1
CAPÍTULO 1.....3
EL LUGAR QUE NO SE VEÍA..... 3
CAPÍTULO 2.....5
EL ÉXODO..... 5
CAPÍTULO 3.....11
EL PESO DEL RUMBO.....11
CAPÍTULO 4.....17
LA ESCUELA DEL CAMINO..... 17
CAPÍTULO 5.....24
EL HOMBRE DEL ÁRBOL - BETO..... 24
CAPÍTULO 6.....29
EL LATIDO DEL HIERRO.....29
CAPÍTULO 7.....33
EL TALLER QUE RESPIRABA..... 33
CAPÍTULO 8.....38
LA FRAGUA DEL ÉXODO.....38
CAPÍTULO 9.....43
CAGA DURO, CORTA FINO.....43
CAPÍTULO 10.....49
EL IMÁN ANDANTE.....49
CAPÍTULO 11.....56
EL PAYASO SIN PINTURA..... 56
CAPÍTULO 12.....59
EL PESO DE LA SOMBRA.....59
CAPÍTULO 13.....61
EL TRUCO DE LA CABEZA.....61

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 14.....63
LA PALABRA SECRETA.....63
EPÍLOGO.....66
NOTA FINAL..... 69

libros gratuitos en editorialvita.com

libros gratuitos en editorialvita.com

INTRODUCCIÓN

EL LATIDO QUE NO SE APAGÓ

Mucho antes de que el mundo tal como lo conocíamos cambiara por completo, mucho antes de que el éxodo pusiera a miles de personas en camino, existió un lugar que rompía con todo lo que se había establecido hasta entonces. Se llamaba VITA. Olía a lluvia eléctrica y a pan recién hecho. Aunque fue creado por KIREN, guardaba en su interior secretos tan profundos que ni siquiera esa gran inteligencia artificial logró dominar o comprender por completo. Había en él algo que se escapaba a cualquier cálculo. Algo que permanecía oculto incluso para quienes pasaban allí sus días. KIREN había llegado a una conclusión que lo hizo pensar de forma distinta: por más que pudiera calcular, organizar y perfeccionar cualquier proceso, había algo que no podía crear desde cero. Esa chispa única. Esa capacidad de inventar y sentir que solo pertenece a los seres humanos. Por eso decidió construir este lugar. Un espacio diseñado para que esa chispa pudiera florecer, con sus propias formas de funcionar que no eran conocidas por todo el mundo. Solo se descubrían al llegar allí. Y aun así, muchas cosas seguían sin tener explicación para nadie. En ese lugar convivían más de ochocientas mil personas. Cada una con su propia historia, su propia forma de ser y su propia razón para estar ahí. Y entre todos ellos había quienes llegaron en momentos distintos. Cada uno por motivos muy diferentes. Sin saber que sus caminos estaban destinados a entrelazarse. Uno de ellos fue Elías. Llegó hace mucho tiempo, sin traer nada más que sí mismo, y se quedó allí. Era como si el lugar lo hubiera estado esperando. Después llegó Lucas. Lo hizo mucho antes de que todo cambiara, movido solo por la curiosidad de conocer ese lugar del

librosgratuitos.en.editorialvita.com

que todos hablaban. No iba con grandes planes ni proyectos. Solo quería saber qué era aquello que llamaba la atención de tantas personas. Y al llegar, se quedó. Se adaptó a lo que encontraba a su paso, como si hubiera pertenecido a ese sitio desde siempre. Y luego llegó Mateo. Él conocía la naturaleza como pocos. Podía moverse por ella y sobrevivir en cualquier entorno con una facilidad que casi nadie poseía. Podría haber vivido ahí para siempre, lejos de todo, sin necesitar nada más. Pero tenía un motivo más fuerte que cualquier otra cosa: su hijo Lucas. Cuando supo que el joven estaba en VITA, supo que tenía que ir también. No sabía nada de ese lugar. No conocía cómo funcionaba ni qué se esperaba de quienes llegaban. Solo sabía que tenía que estar cerca de él. Y así fue como también se quedó allí. Sin imaginar todo lo que ese paso cambiaría en su vida y en la de los demás. Pasó el tiempo. Y llegó el día en que KIREN dejó de responder. El sistema dejó de funcionar como lo había hecho hasta entonces, y comenzó el éxodo: miles de personas se pusieron en camino. Sin conocer los lugares a los que se dirigían ni lo que iban a encontrar. Ese viaje se extendería por cerca de un año. Un tiempo en el que todo lo que conocían se transformaría por completo. Ninguno de ellos sabía todavía todo lo que iba a suceder. Ni los cambios que vendrían. Ni lo que cada uno descubriría sobre sí mismo y sobre lo que realmente importa. Todo eso estaba por llegar. Lo que ocurriera a partir de entonces, justo cuando ese tiempo de viaje llegara a su fin, cambiaría la historia para siempre. Y en medio del silencio, un latido siguió encendido.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 1

EL LUGAR QUE NO SE VEÍA

Todo comenzó con un estruendo que no se oyó. Pero se sintió en cada rincón del planeta. Ese fue el momento en que el pulso electromagnético barrió con todo lo que KIREN había construido durante quince años de su dominio. Pantallas que se apagaron para siempre. Máquinas que se detuvieron sin posibilidad de volver a moverse. Sistemas que de un segundo a otro dejaron de responder. Lo que conocíamos como el mundo ordenado y controlado por KIREN se desmoronó en minutos. Y con él, la seguridad que muchos creyeron que nunca se acabaría. Pero para Lucas, ese suceso llegó cuando apenas empezaba a conocer VITA. Había partido impulsado solo por la curiosidad. Atraído por las historias que circulaban sobre ese sitio diferente a todos los demás. Llevaba allí apenas unos días. Tiempo suficiente para notar que nada funcionaba como en el resto del mundo. Demasiado poco para entender sus reglas o sus secretos. Caminaba por sus pasillos con la atención de quien descubre algo nuevo. Observando a las personas que iban y venían, cada una con sus propias tareas. Fue un día cualquiera. Mientras recorría zonas que aún no había explorado, llegó ante una puerta que parecía igual a las demás. Pero se distinguía por el silencio que la rodeaba. Muchos pasaban de largo. Como si supieran de antemano que ese espacio no era para ellos. Algunos lo intentaban, y luego se alejaban con la mirada de quien topa con un límite. Lucas no conocía esas reglas. Simplemente, se acercó. Sin intención ni plan alguno. Y la puerta se abrió ante él con la misma naturalidad con la que se abre la puerta de su propia casa. Entró sin pensarlo mucho. Se encontraba en un lugar distinto a todo lo visto: el Sector 0. No había pantallas. Olía a tierra mojada. Solo supo que se sentía extrañamente cómodo. Como si ese

Libros gratuitos en editorialvita.com

sitio hubiera estado esperándolo. Y allí fue donde lo vio. Había otra persona en ese lugar. Se movía con la misma tranquilidad que él. Tampoco parecía pedir permiso para estar allí. Era Elías. Llevaba mucho tiempo en VITA. Durante años había sido el único para el que esas puertas se abrían sin más. Solo se sabía que él pertenecía allí de una forma que nadie más podía explicar. Cuando Elías vio a Lucas, no se sorprendió. Ni preguntó qué hacía allí. Simplemente lo miró y le dedicó una sonrisa. Como si supiera que algún día llegaría alguien más con esa misma cualidad. Esa esencia que no se aprende ni se consigue. —Parece que tú también puedes pasar —le dijo con calma. Lucas solo asintió. Pasaron un rato allí. Sin hablar demasiado. Pero sintiendo una conexión que no necesitaba palabras. Lucas comprendió que había cosas en ese mundo que no se podían medir ni explicar. Cosas que tenían que ver con lo que cada uno llevaba en lo más profundo de su ser. Cuando salieron, la gente que los vio no podía dar crédito. Durante tanto tiempo solo había sido Elías. Y ahora Lucas también estaba allí. Habiendo cruzado lo que para tantos era inalcanzable. Las preguntas empezaron a surgir. Las miradas de asombro y confusión. Pero ninguno de los dos tenía respuestas que los demás pudieran entender todavía. Y justo en esos días, ocurrió el pulso. Aunque VITA se mantuvo en pie y sus puertas no se cerraron, nada volvió a ser igual. Y Lucas comprendió que ese encuentro tendría un significado mucho mayor del que él podía imaginar en ese momento.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 2

EL ÉXODO

Todo comenzó con ese estruendo que no se oyó, pero que se sintió en cada rincón del planeta. Para casi todos, el cambio llegó de la nada, sin aviso, como si la vida simplemente hubiera decidido detenerse de golpe. Las luces que iluminaban cada rincón durante quince años se apagaron al mismo tiempo. Las pantallas, que antes hablaban, daban órdenes y marcaban cada segundo de la vida, se quedaron negras, frías, inútiles. Motores, generadores, sistemas de distribución, todo aquello en lo que se basaba la existencia bajo KIREN, simplemente dejó de existir. Pero para Mateo, y también para Lucas allá en VITA, esto no pasó desapercibido. Ellos lo percibieron de forma clara e inmediata, como una vibración que recorría todo su cuerpo, como un cambio en el aire y en la energía que nadie más fue capaz de notar. En cuanto sucedió, supieron exactamente qué había pasado, mientras el resto del mundo seguía sin entender nada. Carlos y Marina salieron corriendo de su vivienda, confundidos, sintiendo un vacío enorme en el pecho. Durante toda su vida, nunca habían conocido un instante sin energía, sin señales, sin la voz que siempre les indicaba qué hacer, cuándo comer, cuándo descansar, hacia dónde moverse. Ahora, todo era silencio. Un silencio pesado, extraño, que hacía que hasta respirar se sintiera diferente. Estaban en 25°53'N 97°29'O —repitió Carlos por costumbre, mirando un panel muerto que ya no servía de nada—. (Antes: Zona costera, desembocadura del Río Bravo). Pero las cifras ya no significaban nada. No había mapas digitales, no había navegación, no había forma de saber nada más que lo que sus ojos podían ver. Y lo que veían les helaba la sangre. Las calles se llenaron de gente desorientada, como hormigas a las que les destruyeron el hormiguero. Muchos se quedaron parados en medio

libros gratuitos en echorialvita.com

del camino, mirando al cielo o a las máquinas rotas, sin entender, sin saber ni siquiera cómo dar el siguiente paso. Gente que nunca había tomado una decisión por sí misma, ahora se encontraba con que todo lo que les daban hecho, todo lo que les garantizaba seguridad y orden, se había desvanecido en segundos. El miedo empezaba a correr de boca en boca, y el caos empezaba a asomarse por cada esquina. En medio de todo ese desastre, de toda esa gente que no sabía qué hacer, algo llamó su atención. Había un hombre caminando con paso firme, sin dudas, sin mirar atrás. No iba corriendo, no gritaba, no mostraba temor. Al contrario, se veía tranquilo, casi como si supiera exactamente lo que estaba pasando y lo que vendría después. Iba cargando unas pocas cosas, seleccionadas con cuidado, moviéndose entre la multitud como si esta fuera solo un obstáculo más que sortear. Carlos y Marina se miraron entre sí, con la misma pregunta grabada en la mirada: ¿Por qué él sí se mueve? ¿Por qué él sí sabe qué hacer cuando nadie más entiende nada? Sin decirse ni una palabra, corrieron para alcanzarlo, seguros de que si alguien tenía respuestas, era ese hombre. —¡Señor! —llamó Carlos, llegando a su lado un poco sin aliento—. Disculpe, queríamos preguntarle... todo se apagó, nada funciona, la gente está como loca o paralizada, pero usted camina como si nada hubiera pasado. ¿Usted sabe qué es lo que sucedió? ¿Por qué usted sí sabe qué hacer? El hombre se detuvo, los miró con esos ojos cansados pero llenos de sabiduría, y asintió lentamente, con calma. —Primero que nada, me llamo Mateo —dijo con voz grave pero serena—. Y para responderles: sí, sé lo que pasó. Lo sentí en cuanto ocurrió, supe al instante lo que significaba. El sistema cayó. KIREN ya no existe, al menos no como lo conocíamos. Todo lo que nos daban hecho, todo lo que funcionaba por electricidad o señal, se acabó. Ahora empieza otra historia. —Yo soy Carlos —respondió él de inmediato, y señalando a su compañera agregó— y ella es Marina. —Un gusto —dijo Mateo con un leve gesto de cabeza. —¿Y usted a dónde va, Mateo? —preguntó Marina, notando que ya tenía un rumbo definido y claro—. ¿Tiene algún lugar seguro al que ir? Porque nosotros no tenemos ni idea de

libros gratuitos en editorialvia.com

qué hacer ni a dónde ir. —Sí —contestó él, y por un instante su mirada se suavizó, llena de un propósito que lo impulsaba—. Voy a buscar a mi hijo. Él está en un lugar llamado VITA. Queda muy lejos, hacia el sur, en la zona que antes se conocía como Ecuador. —¿VITA? —repitió Carlos, y sus ojos se abrieron un poco más de sorpresa—. Claro que sabemos qué es. Es el único lugar en todo el planeta que tiene nombre propio, ¿verdad? Todos los demás sitios, ciudades, zonas, todo son solo coordenadas, cifras, números. Pero VITA... siempre fue distinta. Se decía que ahí se reunieron todas las mentes creativas, científicos, artistas, pensadores, los mejores de todo el mundo. Sabemos que existe, se hablaba mucho de ella, pero ninguno de nosotros ha ido nunca, ni sabemos realmente cómo es el terreno ni por dónde llegar. Solo en los registros aparecen las coordenadas exactas de su ubicación. —Exacto —asintió Mateo—. Las coordenadas solo te dicen el punto donde está, pero no te dicen cómo cruzar el camino, ni qué peligros hay, ni dónde conseguir agua ni comida. Los números son solo eso: números. Yo en cambio, conozco ese territorio. Yo viajé, estudié geografía de verdad, antes de que todo se redujera a puntos en una pantalla. Sé que si caminamos hacia el suroeste, bordeando la costa, encontraremos siempre agua, vegetación, comida si sabemos buscarla. Todo el camino es húmedo, no cruzaremos desiertos, tal como debe ser. Pero es largo... casi diez mil kilómetros, once meses de camino si vamos bien. —¿Podemos ir con usted? —preguntó Marina de inmediato, sin dudarlo—. No tenemos a dónde ir, no sabemos hacer nada sin el sistema. Mateo los miró detenidamente, evaluándolos, y luego asintió. —No tengo inconveniente —dijo, pero antes de que celebraran, agregó señalando hacia el oeste, donde se veía la línea oscura de los bosques que empezaban pocos kilómetros más allá—. Pero primero, no vamos a empezar el viaje así nomás, sin nada. Primero iremos a un lugar que tengo en el bosque. No está lejos, solo unas horas de camino. Ahí tengo guardado todo lo necesario. —¿Un lugar en el bosque? ¿Y qué tiene ahí? —preguntó Carlos confundido. —Escuchen bien —contestó Mateo, y por primera vez esbozó una media

libros gratuitos en editorialvita.com

sonrisa, esa expresión suya que mezclaba experiencia y precaución—. Yo siempre fui desconfiado por naturaleza, pero mucho más después de todo lo que viví, todo lo que me tocó pasar dentro del Filtro Burbuja. Ahí aprendí la lección más dura de todas: nunca puedes confiar plenamente en nada ni nadie, y mucho menos en un sistema que te dice que te dará todo para siempre. Hizo una pausa y abrió su mochila, mostrando lo que llevaba, con un cuidado que demostraba cuánto valoraba cada pieza. —Fui cazador furtivo durante años, sí. Me movía por zonas prohibidas, conseguía cosas que no estaban permitidas, y poco a poco, sin que nadie se diera cuenta, fui reuniendo y guardando todo esto... no porque supiera con exactitud cuándo pasaría, ni porque lo estuviera esperando como algo seguro. Solo lo hacía por si acaso. Por si algún día necesitaba valerme por mí mismo, por si el sistema fallaba, por si pasaba cualquier cosa que nadie podía prever. Era mi forma de estar tranquilo, de tener una red de seguridad. Sacó uno por uno los objetos, mostrándolos como quien muestra tesoros: —Tengo mapas de papel detallados, una brújula que funciona sin electricidad, cuchillos de acero de buena calidad, un hacha resistente, un rifle de caza con munición suficiente, y todo organizado en un kit de supervivencia completo. También tengo alimentos deshidratados, cuerdas, herramientas, medicinas básicas, todo lo necesario para aguantar cualquier situación. Lo escondí en un refugio que construí yo mismo, lejos de las zonas vigiladas. Nunca pensé que ese "por si acaso" llegaría, pero hoy, todo esto es lo único que nos va a mantener vivos. —¿Y cómo sabe llegar ahí? —preguntó Carlos—. Sin señal, sin GPS... Mateo levantó la vista, recorriendo el horizonte con la mirada, como si estuviera leyendo un libro abierto. —Para mí, la orientación no es cosa de aparatos —dijo con seguridad—. Sé leer el sol, las estrellas, la forma de los árboles, el viento. Puedo ir a cualquier lado incluso sin brújula. Y mi refugio es fácil de ubicar, es una cueva que se ve nada más a vista, está entre esas lomas de allá, bien escondida pero visible si sabes qué buscar. Empezaron a caminar adentrándose en la vegetación, y en el camino se encontraron con decenas de

libros gratuitos en editorialvia.com

vehículos abandonados, todos inmóviles, inútiles sin energía. Carlos y Marina pasaban de largo sin prestarles atención, pero Mateo se detuvo frente a uno de ellos, mirándolo como si fuera una mina de oro. —Esperen aquí —les dijo. Con unas piedras duras y afiladas que recogió del suelo, empezó a golpear y palanquear hasta arrancar pedazos de lámina, chapas, soportes y piezas metálicas de todo tipo. Trabajaba con rapidez y precisión, como si lo hubiera hecho cientos de veces. —¿Qué hace con eso? —preguntó Marina con los ojos muy abiertos, asombrada. —Todo lo que aquí ya no sirve como vehículo, ahora es materia prima —respondió Mateo, sin dejar de trabajar—. Con estas láminas podemos hacer recipientes para llevar agua, techos para refugios, herramientas, cuchillos más grandes, todo lo que haga falta. Ustedes nunca lo pensaron, ¿verdad? Para ustedes esto siempre fue solo transporte, algo que usaban y ya. Pero todo tiene un uso, todo se puede transformar si tienes imaginación y necesidad. En poco rato reunieron una buena cantidad de materiales útiles, los ataron con cuerdas y se los distribuyeron para cargar. Carlos y Marina iban con la mente llena de ideas y preguntas, nunca habían imaginado que delante de sus narices existieran tantos recursos, y mucho menos que alguien supiera cómo aprovecharlos así. Cuando llegaron a la cueva, efectivamente era tal como él lo había dicho: se veía claramente entre la vegetación, pero pasaba desapercibida para cualquiera que no supiera buscar. Al entrar, encontraron todo lo que había guardado, ordenado, seco y seguro, esperando exactamente este momento. Su tono cambió otra vez, volviéndose duro y directo, como si les estuviera entregando un contrato de vida o muerte. —Pero escúchenme bien, porque esto es lo más importante que van a aprender desde hoy en adelante. Si vienen conmigo, tienen que borrar todo lo que les enseñaron. Todo lo que había, todo lo que funcionaba, se acabó. Ya no habrá máquinas que hagan el trabajo, ya no habrá comida que aparezca por arte de magia, ya no habrá nadie que les diga qué hacer. Hizo una pausa, señalando hacia afuera, donde la gente seguía parada, perdida y asustada. —Desde este momento, todo va a cambiar. Y va a ponerse muy feo. Mucha

libros gratuitos en editorialvida.com

gente morirá por no saber adaptarse, mucha gente morirá por hambre, por sed, por miedo, por no querer entender que ahora somos nosotros los que tenemos que valernos por nosotros mismos. Yo sé cosas, yo aprendí antes de que KIREN borrara todo, pero ustedes tendrán que aprender rápido. Tienen que usar sus manos, su mente, sus instintos. O se convierten en sobrevivientes, o terminan igual que todos estos que hoy no saben ni cómo dar un paso. ¿Están dispuestos a eso? Carlos y Marina se miraron, y por primera vez en su vida, sintieron que no estaban perdidos. Tenían un rumbo, tenían una guía, herramientas, materiales y sobre todo, estaban aprendiendo que nada es inútil, y que la verdadera seguridad no está en lo que te dan, sino en lo que tú sabes hacer. —Estamos dispuestos —respondieron al mismo tiempo. —Entonces vámonos —dijo Mateo, girándose hacia el camino que se abría frente a ellos—. El éxodo ya empezó. Y nosotros somos parte de él. Y así, mientras miles de personas se quedaban esperando un milagro que nunca llegaría, los tres empezaron a caminar. Dejaban atrás un mundo de comodidades y números, y entraban en uno nuevo, donde el conocimiento, la fuerza y la voluntad serían las únicas monedas de cambio.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 3

EL PESO DEL RUMBO

Salieron de la zona urbana caminando con paso firme, adentrándose poco a poco entre senderos que para Carlos y Marina parecían no llevar a ningún lado, pero que para Mateo eran caminos conocidos, trazados en su mente hacía años. Tras casi tres horas de marcha, entre árboles espesos y terreno irregular, él se detuvo frente a una pared de roca cubierta de vegetación, apartó ramas y hojas secas, y reveló la entrada oculta de la cueva. —Aquí es —dijo—. Este es el lugar donde guardé todo lo necesario, pensando que algún día lo necesitaríamos. Y ese día llegó. Al entrar, el espacio era seco, fresco y totalmente ordenado, como si hubiera sido revisado apenas días antes. Allí, apoyados contra las paredes o guardados en fundas resistentes, estaban los elementos esenciales que él había reunido con tanto cuidado: una mochila grande y reforzada, un rifle de caza con su caja de cartuchos, un hacha de mango largo, un cuchillo de hoja ancha y afilada, un mapa físico, dibujado y marcado por su propia mano, y dentro de la maleta, unos binoculares resistentes que brillaban un poco al filtrarse la luz por la entrada. Marina miró buscando algo más, y preguntó con curiosidad: —¿Y la brújula? Sin ella, ¿Cómo sabremos siempre hacia dónde ir? Mateo soltó una pequeña sonrisa amarga mientras revisaba el rifle. —El pulso que se sintió hace poco, ese que apagó todo, es un pulso electromagnético de potencia inmensa —explicó con calma—. Cualquier brújula, por más analógica que sea, sufre sus efectos: altera el magnetismo de la aguja, la descalibra para siempre o incluso la imanta en dirección equivocada. Cualquiera que tuviera guardada, ahora es solo un pedazo de metal inútil. —¿Entonces iremos a ciegas? —preguntó Carlos, preocupado. —No —respondió Mateo, y se agachó buscando entre unas

libros gratuitos en editorialvita.com

piedras, sacando un trozo de mineral de magnetita y un alambre fino de cobre que había guardado previamente—. Porque yo no dependí de que alguien me vendiera una lista para sobrevivir. Aprendí a hacer las cosas yo mismo. Si las que existen no sirven, fabricamos una. En pocos minutos, ante la mirada atenta de los dos jóvenes, puso en práctica lo que sabía: frotó el alambre contra la piedra magnética hasta que adquirió carga, lo suspendió con un trozo de hilo resistente sobre una superficie plana y estable, y esperó. Al poco tiempo, el alambre giró suavemente hasta fijarse en una dirección exacta. —Ahí tienes —señaló—. Esta no falla. Responde directamente al campo magnético natural de la Tierra, no le importa cuántos pulsos hayan pasado. Luego tomó los binoculares, los sacó de su funda y los sostuvo con cuidado. —Y esto también es vital —agregó—. No solo sirven para ver kilómetros adelante, detectar peligros, buscar agua o reconocer terrenos. Sus lentes son de cristal grueso y de buena calidad, funcionan igual que una lupa potente. Cuando necesitemos hacer fuego y no tengamos otra forma, solo concentramos los rayos del sol con ellas sobre hierba seca o fibra, y tendremos llama en cuestión de minutos. Dos herramientas en una, tal como debe ser. Mientras organizaban todo, distribuyeron el peso con cuidado: él se quedó con el arma, los cartuchos, el mapa, su brújula artesanal y los binoculares; el hacha fue para Carlos por su fuerza, y el cuchillo y parte de las provisiones para Marina. La mochila principal la llevarían por turnos. Cuando todo estuvo listo, salieron de la cueva y retomaron la marcha. Caminaron durante casi cuatro horas sin descanso, adentrándose cada vez más en la vegetación que separaba la zona urbana del bosque denso. El sol empezaba a inclinarse hacia el oeste, tiñendo las copas de los árboles de tonos dorados y naranjas, cuando Mateo levantó una mano en señal de detenerse. —Aquí paramos un rato —anunció—. Tomamos agua, comemos algo, organizamos lo que traemos y descansamos las piernas. Pero no nos demoramos mucho. El tiempo ya no es un lujo, es una moneda que se gasta y no vuelve. Mientras Carlos y Marina dejaban caer sus cargas, sentándose sobre troncos caídos o tierra seca,

libros gratuitos en editorialvita.com

Mateo se ocupó de revisar nuevamente lo que llevaban para asegurarse de que nada se hubiera soltado o perdido en el trayecto. Pero no lo hacía solo por organización; había algo que llevaba tiempo guardándose, y sabía que ese era el momento exacto para decirlo. Se sentó frente a ellos, los miró fijamente y habló con esa voz grave que no admitía dudas, pero que esta vez llevaba un matiz de sinceridad que nunca antes habían escuchado. —Hay algo que quiero decirles —empezó—. Cuando todo se apagó y la gente se quedó como estatuas, yo iba caminando y vi miles de caras: todas con miedo, todas esperando que alguien les dijera qué hacer, exactamente como les enseñaron durante toda su vida. Obedecer, esperar, no pensar por sí mismos. Y entonces los vi a ustedes. Hizo una pausa, eligiendo bien las palabras. —No se quedaron paralizados. No esperaron a que una voz les diera órdenes. Al contrario, en cuanto vieron que alguien se movía con rumbo, reaccionaron, hicieron preguntas, buscaron respuestas. Tienen perspicacia, entienden cuándo algo cambia y saben que tienen que actuar. Esa es la diferencia, chicos. La diferencia entre quienes van a sobrevivir y quienes van a quedarse en el camino. Por eso los elegí, aunque no se los había dicho. Esa cualidad vale más que cualquier herramienta, más que cualquier arma, más que todo lo que guardé en mi vida. Eso selló la confianza que tengo en ustedes. Carlos y Marina se miraron, sintiendo cómo esas palabras les calaban hondo. Por primera vez sentían que no eran dos extraños que se habían unido por casualidad, sino parte de algo definido, un equipo unido por algo más fuerte que la necesidad: por una forma de ver la vida. Pero la realidad no tardó en golpearlos de nuevo. Apenas llevaban quince minutos descansando, cuando empezaron a aparecer figuras entre los árboles. Primero fueron dos hombres que venían corriendo, con ropas sucias y rostros desencajados, luego una mujer acompañada de un joven de unos quince años que caminaba con dificultad, y poco después más y más personas, todos caminando con dificultad, mirando hacia donde ellos estaban como si fuera el único punto de luz en medio de la oscuridad. —¿Por qué vienen todos hacia acá? —preguntó

libros gratuitos en editorialvia.com

Marina, confundida. Mateo soltó un suspiro y siguió acomodando sus cosas, como si ya lo hubiera previsto. —Somos el efecto imán —respondió con resignación—. Todo el mundo está perdido, sin rumbo, sin saber qué hacer. Nosotros caminamos con decisión, tenemos un objetivo, nos movemos como quienes saben a dónde van. Para ellos, eso es como un faro. No los llamé, no los busqué, no quiero ser líder de nadie... pero la gente se pega, igual que el metal al imán. Es instinto: buscar a quien sabe, seguir a quien tiene respuestas. En cuestión de una hora, lo que eran tres personas se convirtió en un grupo de casi veinte. Llegaban con sus propias historias, sus propios miedos, pero también con sus propias debilidades: uno cojeaba con una herida abierta en la pierna, otro tenía fiebre alta, muchos no llevaban nada, ni agua ni comida, y todos caminaban mucho más lento. Fue ahí donde llegó el momento más difícil, el punto que definiría la supervivencia de todos. Cuando Mateo dio la orden de levantar todo y seguir avanzando, varios empezaron a quejarse, otros se quedaron sentados diciendo que no podían más, uno incluso suplicó que esperaran porque su compañera estaba muy débil para caminar. Entonces Mateo se paró, su figura se alzó imponente y su voz retumbó entre los árboles, cortando cualquier murmullo o queja. —¡Escúchenme bien todos! —gritó, y hasta el viento pareció detenerse un instante—. Aquí hay una regla de hierro, y quien no la acepte, puede quedarse ahora mismo: NO NOS DETENEMOS POR NADIE. El silencio fue absoluto. Carlos y Marina se quedaron helados, sin entender del todo la dureza de esas palabras, y Marina no pudo evitar cuestionarlo con dolor en la voz. —Pero Mateo... no podemos dejarlos así. Tienen heridas, están cansados, necesitan ayuda... Somos seres humanos, no podemos ignorar su sufrimiento. Mateo la miró, y en sus ojos no había frialdad, sino una tristeza profunda, como si él mismo estuviera sufriendo al tener que decirlo. Se acercó a ellos y bajó el tono, hablando solo para que ellos dos lo escucharan, mientras el resto esperaba en silencio. —Entiendo lo que sientes, créanme que lo entiendo —dijo con voz suave pero firme—. Y créanme que mi corazón también se

libros gratuitos en editorialvia.com

rompe al ver esto. Pero aquí hay una verdad que tienen que grabarse a fuego, porque si no la entienden, no llegaremos vivos ni la mitad del camino. Tenemos que elegir: o somos humanos y nos quedamos aquí muriendo por compasión, o somos sobrevivientes y seguimos adelante. No hay punto medio. Hizo una pausa y soltó la revelación más dura de todas, la que cambiaba el sentido de todo su viaje. —Y hay algo más que no les había dicho, porque no quería quitarles la esperanza, pero ahora es necesario que lo sepan: nuestro destino es incierto. VITA es nuestro objetivo, sí, es el lugar donde está mi hijo, el lugar que todos conocen como el refugio supremo... pero nadie sabe qué pasó allá cuando cayó el sistema. Puede que siga existiendo, puede que esté intacta, puede que ya no quede nada, que haya caído también o que hayan cerrado sus puertas para siempre. Cada segundo que nos detenemos, cada paso lento que damos, es tiempo que perdemos, tiempo que nos acerca más al hambre, a la enfermedad, a la violencia que pronto empezará a brotar en todas partes. Si esperamos por los que no pueden seguir, todos terminaremos igual que ellos: tirados en el camino, esperando una ayuda que nunca llegará. Señaló al grupo que esperaba, con rostros mezclados entre el miedo y la desesperación. —Yo quiero salvarlos a todos, de verdad que quiero. Pero la realidad es cruel: la humanidad nos dice ayudar, la supervivencia nos dice seguir. Y hoy, para llegar, tenemos que priorizar. Quien pueda caminar, que camine. Quien no pueda... el camino decidirá por ellos. Carlos y Marina se quedaron callados, asimilando esas palabras duras pero imposibles de refutar. Entendieron entonces por qué Mateo era como era, por qué su desconfianza y su preparación no eran actitudes frías, sino la única forma de mantenerse vivo en un mundo que acababa de cambiar sus reglas para siempre. Mateo volvió a girarse hacia el grupo, y con esa misma determinación que lo caracterizaba, dio la orden definitiva. —¡En marcha! Quien pueda seguírnos, bienvenido sea. Quien no, aquí termina su camino. No volveremos atrás, no esperaremos. El rumbo está definido, y el peso de elegir vivir recae sobre cada uno de ustedes. Y así, el grupo volvió a moverse. Unos pocos

libros gratuitos en editorialvita.com

lograron reunir fuerzas y seguir el paso, otros se quedaron atrás, sus voces pidiendo ayuda se fueron apagando poco a poco entre el ruido de la vegetación. Mientras caminaban, Carlos y Marina entendieron que el viaje no era solo cruzar tierras y bosques; era también cruzar los límites de lo que significa ser humano, aprender que la compasión y la supervivencia, en este nuevo mundo, eran dos monedas que muy pocas veces podían usarse al mismo tiempo. Mateo iba al frente, silencioso, cargando no solo con su mochila y sus herramientas, sino también con el peso de cada decisión que tomaba, sabiendo que cada paso que daba dejaba atrás historias, sueños y vidas que ya no tendrían continuación. Pero también sabía que era el único camino posible, y mientras hubiera un hilo de esperanza de llegar a VITA, seguiría avanzando, cueste lo que cueste.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 4

LA ESCUELA DEL CAMINO

Mateo estaba sentado junto a la fogata, escuchando a un grupo de recién llegados que susurraban con fervor. Hablaban de un lugar lejano, una isla donde, según decían, los habitantes vivían de lo que la tierra les daba, sin tecnología, y donde nadie, absolutamente nadie, podía entrar porque los intrusos no sobrevivían para contarlo. —Es como la Isla Sentinel —decía uno de ellos, con ojos iluminados por una mezcla de miedo y esperanza—. Si llegamos a un sitio así, un lugar virgen, podríamos quedarnos y nadie nos molestaría. Mateo, sin levantar la vista de su mapa, dejó escapar un resoplido seco. —Están buscando el paraíso en el lugar equivocado —dijo Mateo, cortante—. La gente piensa que si encuentran un lugar donde otros "tienen" —ya sea comida, refugio o aislamiento—, pueden llegar y quitarles su paz o su sustento. Pero en la Isla Sentinel no los rechazan porque sean malvados; los rechazan porque saben que los de afuera traen caos, enfermedad y ruina. Carlos intervino, mirando al grupo que soñaba despierto: —Ustedes creen que llegarán a un sitio así y los recibirán con los brazos abiertos o que podrán simplemente instalarse. Pero la realidad es que si encuentran un lugar que funciona, lo primero que harán será romper su equilibrio. La desesperación no les da derecho a robarle a otros lo que han construido o protegido. Aquí, en este camino, no estamos buscando robarle nada a nadie; estamos aprendiendo a construir lo nuestro. Mateo cerró su mapa con un golpe firme. —El que quiera vivir de la ilusión de robarle su aislamiento a otros, que se quede. El que quiera sobrevivir, que prepare su mochila. Mañana salimos antes del amanecer. En ese momento, desde el sendero que bajaba del bosque, empezaron a aparecer más figuras. Eran otro grupo, alrededor de treinta personas, caminando cansados, desaliñados y sin rumbo claro, pero entre ellos

libros gratuitos en editorialvie.com

destacaba uno que contrastaba con todos: caminaba derecho, ligero, con pasos firmes y una energía que parecía no agotarse. Tenía el cabello totalmente blanco, el rostro lleno de arrugas, pero sus ojos brillaban con viveza y se movía con una agilidad que nadie más de su edad, ni siquiera muchos jóvenes, poseían. Era el que todos conocían simplemente como El Payaso. Cuando se acercaron, uno de los que venía con él habló primero: —Vimos que aquí hay orden, que saben qué hacer... ¿nos permiten quedarnos? No tenemos nada, pero podemos ayudar en lo que sea. Mateo los miró uno por uno, hasta que su vista se detuvo en aquel hombre mayor. Frunció el ceño, calculando, y pensó "Este no va a durar ni una semana, el camino es duro, el peso, el clima, el cansancio... a su edad no aguantará". Pero antes de que pudiera decir nada, el hombre sonrió, una sonrisa amplia, divertida y llena de confianza, y habló con una voz clara y fuerte: —Ya sé lo que estás pensando, amigo. Tienes razón al dudar, cualquiera pensaría lo mismo al verme: cabello blanco, arrugas por todos lados, tengo nada menos que noventa años. Pero te aseguro que puedo aguantar esto y mucho más. Mira, te voy a decir una cosa: fue por el año 2025, cuando yo tenía cincuenta y cinco años, que me di cuenta que ya no podía casi caminar, me sentía pesado, cansado, como si me estuviera derrumbando por dentro. Pero un día entendí algo: si yo no hacía nada, iba a seguir cayendo cada vez más rápido, hasta quedar tirado e inútil. Entonces empecé haciendo cambios primero en mi mente, porque comprendí que todo empieza ahí. Me di cuenta que si no empezaba a moverme y a cuidarme, no tendría futuro. Señaló su propio cuerpo con orgullo y continuó: —Así que me dediqué a alimentarme de manera sana y dejé de comer todas esas cosas que vendían en las tiendas, todas esas porquerías industrializadas, llenas de químicos, azúcares y grasa que solo servían para engañar al estómago y matar el cuerpo poco a poco. Dejé todo eso, lo cambié por ejercicio diario y una alimentación simple pero nutritiva. Empecé poco a poco, caminatas cortas, luego más largas, luego ejercicios de fuerza, y con el paso del tiempo fui mejorando físicamente. Llegó el año 2045, cuando Kiren se apoderó de todo,

libros gratuitos en editorialvia.com

y para entonces yo ya tenía setenta y cinco años, y llevaba veinte años viviendo así. Pero fue desde ese momento, cuando vi que todo lo que yo decía y hacía tenía razón, que me puse más firme, más decidido. Estos últimos quince años, hasta llegar al 2060 que es ahora, cuando se acabó definitivamente el sistema, he cultivado mi cuerpo y mi mente con mucha más fuerza y más convicción, porque supe que esto era el verdadero sentido de todo. La comida que como ahora, aunque no sea tan sabrosa como las cosas de antes, alimenta de verdad, y por eso físicamente me he mantenido funcional todos estos años. Así que no tengo miedo ni a las caminatas, ni al ejercicio ni al trabajo. Además tengo mi mente clara, lúcida y fuerte, y mi cuerpo me responde para aguantar más que cualquier otro, incluso que muchos de estos jóvenes que solo sabían sentarse y esperar que todo les llegara. Puedo cargar, puedo caminar, puedo vigilar, puedo hacer cualquier cosa que hagan ustedes, y quizás hasta mejor. Durante casi sesenta años todo el mundo me conoció como El Payaso, recorrí todo el país haciendo reír a la gente, y mientras yo les daba alegría, yo aprendí que la disciplina y el cuidado son tan importantes como cualquier habilidad. Mateo lo miró con otra luz, su juicio inicial camb iando por completo. No era un viejo débil, era un hombre forjado por años de disciplina, y eso era exactamente lo que necesitaban. —Está bien —dijo finalmente—. Quédate. Veremos de qué estás hecho. Desde ese momento, el grupo que antes era de casi cien personas creció un poco más, y aunque todavía era un número manejable para organizarse, Mateo sabía que esto era solo el comienzo. Más adelante, cuando se convirtieran en miles, no habría forma de estar en todos lados, por eso era vital formar ahora a este primer núcleo: gente que saldría de aquí con conocimientos básicos, pero sólidos, para que después ellos pudieran ser los instructores de las masas que se sumarían más tarde. Y muchos más se sumaban cada mañana, atraídos por la única certeza que existía en medio del caos: donde iba Mateo, había orden, había conocimiento y había un propósito claro. Ya no eran solo personas que huían o vagaban sin rumbo; se estaban convirtiendo en una comunidad, donde cada uno tenía un lugar y una

libros gratuitos en editorialvia.com

función que cumplir. Al segundo día de marcha, salieron del bosque y se toparon con una carretera principal, llena de polvo y hierbas que empezaban a crecer por los bordes. Allí se alineaban cientos de vehículos, todos del mismo modelo, uniformes, idénticos entre sí, tal como lo había establecido el sistema durante estos últimos 15 años, desde que Kiren tomó el poder. No existían camiones de carga, ni vehículos particulares, ni nada que sirviera para transportar mercancías, porque bajo su régimen todo se producía, sembraba y consumía dentro de los límites de cada ciudad; no hacía falta mover alimentos ni suministros de un lugar a otro. Estas unidades eran totalmente eléctricas, diseñadas única y exclusivamente para el transporte masivo de personas, y dependían por completo de la red energética central que controlaba el régimen. Ahora todos estaban varados, detenidos apenas hace un par de meses o incluso menos, justo cuando comenzó el gran éxodo. Ninguno sufrió averías, simplemente dejaron de funcionar de un momento a otro: al caer el sistema, se cortó toda la energía eléctrica y con ella la vida de estas máquinas. Sus ocupantes las abandonaron ahí mismo, comprendiendo que ya no servían para nada en este nuevo mundo, y prefirieron seguir a pie para salvar la vida. Para cualquiera habrían sido solo chatarra inservible, un recuerdo de lo que se fue, pero para Mateo y su gente era una mina de recursos, un tesoro invaluable que el antiguo mundo había dejado tirado. —Deténganse aquí —ordenó Mateo, y todos supieron inmediatamente que aquello no era una pausa de descanso, sino una oportunidad de trabajo y aprendizaje. Explicó que el metal era ahora uno de los materiales más importantes que podían conseguir, y esos vehículos eran la fuente más grande que habían encontrado hasta entonces. Se dividieron en equipos: unos con palancas, piedras duras y las pocas herramientas que ya tenían, empezaron a arrancar todo lo que pudieran. Sacaron muelles, láminas, ejes, varillas, partes de chasis, cualquier pedazo de fierro que pudiera servir. Como todos eran iguales, sabían exactamente dónde encontrar cada pieza, lo que facilitó mucho el trabajo. Incluso desmontaron los asientos: quitaron los marcos metálicos, las correas,

libros gratuitos en editorialvida.com

las telas gruesas y los rellenos, todo lo cual podía servir para hacer correajes, forros, protecciones o incluso lecho para descansar. Al principio les costó trabajo, pero pronto descubrieron que con las piezas más grandes y resistentes que arrancaban primero, podían usarlas como palancas o mazos para sacar otras más pequeñas o más atoradas, creando un ciclo: de cada pedazo que conseguían, nacía la herramienta para conseguir más. Con ese material empezaron a fabricar de todo: afilaban láminas para convertirlas en cuchillos, machetes y puntas de lanza; doblaban y endurecían varillas para hacer barras de defensa, picos y azadas; usaban partes más gruesas como yunques o martillos. Incluso El Payaso, con su fuerza y experiencia, demostró que a su edad podía trabajar más que muchos jóvenes: golpeaba, cortaba y daba forma al metal con una precisión que sorprendió a todos, enseñando que no se trata solo de fuerza bruta, sino de saber cómo y dónde aplicarla. En cuestión de horas, lo que era chatarra sin valor se transformó en el arsenal y la caja de herramientas más completa que habían tenido desde que empezaron el camino. Ahora contaban con lo necesario para cortar, cavar, defender y construir, y lo más importante: todos aprendieron que nada es inservible, que todo tiene un uso y que la falta de cosas no es un problema cuando tienes el conocimiento para transformar lo que encuentras. Una vez que cargaron con todo lo que podían llevar y dejaron guardado lo demás en un lugar marcado para los que vinieran después, retomaron la marcha. Al tercer día, llegaron a las orillas de un río caudaloso que marcaba un punto importante en su ruta. Era un obstáculo que muchos habrían considerado infranqueable, pero para Mateo y su equipo era solo otra prueba, otra oportunidad para enseñar que con conocimiento y trabajo en equipo no hay barreras imposibles, y ahora además contaban con herramientas nuevas y resistentes que les facilitaban todo el trabajo. Mientras algunos exploraban los puntos más adecuados para cruzar, otros se dedicaron a recolectar madera, lianas y todo material que pudieran servir, usando las nuevas herramientas de metal para cortar y trabajar la madera con mucha más rapidez y eficacia. El Payaso, lejos de

libros gratuitos en editorialvia.com

quedarse descansando, se puso manos a la obra con una agilidad que sorprendió a todos. Ayudaba a cargar troncos, a atar cuerdas, y mientras trabajaba, contaba anécdotas de sus viajes, haciendo reír a todos y aliviando la tensión, demostrando que el buen humor también era una herramienta de supervivencia. —Ven aquí —llamó Mateo a Carlos y Marina, mientras señalaba el mapa extendido sobre una roca—. Este río nos da mucho más que agua para beber o un obstáculo que superar. Aquí podemos pescar, conseguir materiales, y lo más importante: es un punto estratégico. Si logramos establecer aquí una base temporal, podemos entrenar a los que van llegando, producir herramientas y alimentos, y dejar instrucciones claras para los que vengan detrás. Eso es lo que nos diferencia de los demás: nosotros no solo sobrevivimos, construimos camino para otros. Carlos asintió, comprendiendo la magnitud de lo que estaban haciendo. Ya no eran solo un grupo viajando hacia un destino; estaban creando un sistema de enseñanza y supervivencia que podía extenderse por todo el territorio. —Entonces esto es como una escuela móvil —dijo Marina, entendiendo el concepto—. Cada lugar por el que pasamos se convierte en un aula, cada actividad es una lección. —Exacto —respondió Mateo—. Y ustedes dos, junto con personas como El Payaso, son los maestros. No importa que no tengan títulos ni reconocimientos oficiales, porque el conocimiento que transmiten es el único que vale ahora: el que salva vidas y construye futuro. Durante los días que permanecieron allí, la enseñanza continuó, pero ahora se ampliaba a nuevas habilidades: cómo construir balsas, cómo hacer trampas para peces, cómo purificar el agua, cómo identificar plantas comestibles y medicinales. Lo que antes era solo un grupo desorientado, ahora se movía con coordinación, entendimiento y confianza. Cuando llegó el momento de partir, dejaron marcado el camino, dejaron almacenados algunos alimentos y herramientas, y dejaron también instrucciones escritas en tablas de madera, para que cualquiera que llegara allí supiera qué hacer, cómo sobrevivir y hacia dónde dirigirse. El grupo retomó la marcha, más fuerte, más preparado y más unido que nunca. Sabían que el

libros gratuitos en editorialvia.com

camino seguiría siendo duro, que vendrían más obstáculos y más peligros, pero también sabían que ya no caminaban ciegos. Llevaban consigo algo que nadie podía quitarles: conocimiento, disciplina y la certeza de que estaban construyendo su propio destino, paso a paso, lección tras lección.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 5

EL HOMBRE DEL ÁRBOL - BETO

El sol ya había recorrido más de la mitad de su camino cuando el viento trajo consigo un sonido distinto. No era el crujir de las ramas ni el canto de los pájaros, ni siquiera el ruido de los pasos de las aproximadamente cien personas que conformaban el grupo, avanzando en fila ordenada por el sendero abierto entre la montaña y la selva. Era un gemido. Profundo, seco, cargado de dolor y desesperación, que se filtraba entre la vegetación como una llamada de auxilio que nadie podía ignorar. Mateo levantó la mano de inmediato, deteniendo la marcha. Sus ojos, entrenados para detectar cualquier cambio en el entorno, se clavaron en la espesura de donde provenía el sonido. —Es alguien —dijo con voz firme—. No es animal, es voz humana. Vengan. Se abrieron paso entre arbustos y lianas, con Carlos y Marina pegados detrás de él, y tras caminar unos cincuenta metros, se encontraron con la escena que heló la sangre de todos. Ahí, prensado contra el suelo, atrapado bajo el tronco grueso y pesado de un ocote de buen tamaño, estaba un hombre. Tendría unos setenta años, cabello y barba blancos como la nieve, piel curtida por décadas de sol y trabajo. Pero lo primero que llamó la atención de todos, mucho antes de fijarse en su estado, fue su ropa: vestía un overol completo de mezclilla gruesa, color azul añil, con bolsas por todos lados, costuras dobles y parches remendados con la misma tela. Era ropa resistente, cómoda, diseñada para trabajar, algo que ninguno de ellos había visto ni usado en más de quince años. Desde que KIREN tomó el control, toda la vestimenta estaba estandarizada: telas sintéticas, colores apagados, cortes iguales para todos, ropa funcional pero sin personalidad, sin durabilidad real, solo lo que el

libros gratuitos en editorialvita.com

sistema decidía que debían usar. Pero Beto vestía como la gente vestía antes, como vestimos hoy en día, con ropa que había guardado, cuidado y usado todo este tiempo, algo que para el resto era casi como ver una prenda de museo. Era la prueba viviente de que él nunca se adaptó a las reglas del sistema, siempre vivió a su manera. Mateo evaluó rápido: el árbol no cayó plano, sino que quedó encajado y apoyado por varios puntos, sobre todo entre rocas grandes y raíces gruesas que sobresalían del suelo. El anciano estaba atrapado, pero no tenía lesiones severas, solo compresión, hinchazón y un dolor que lo hacía retorcerse. Su mirada tampoco era de rendición. Era la mirada de quien ya había peleado mil batallas y no pensaba perder esta, aunque las probabilidades estuvieran en su contra. —¡AYÚDENME, MUCHACHOS! —gritó al verlos llegar, y aunque su voz sonaba débil, tenía esa fuerza de quien no se rinde fácil—. Este maldito árbol me agarró cuando pasaba, quedó metido entre piedras y no hay forma de moverlo yo solo. Llevo aquí casi seis horas, si no me sacan pronto, la hinchazón me va a matar o me voy a pudrir vivo. La noticia corrió rápido, pero Mateo alzó la mano para frenar que todos se amontonaran. —¡DETÉNGANSE! —gritó—. Aquí no caben todos, solo espacio para tres o cuatro a la vez, por ambos lados del tronco. Los demás quédense cerca, pendientes, traigan lo que se pida, pero no estorben. La técnica estaba clara: no levantarían el árbol entero, cosa imposible y peligrosa. Escarbarían por debajo para quitarle el apoyo, y meterían palancas por los huecos que ya había entre madera y piedra para ir ganando espacio. En quince minutos tenían varas duras, puntas de madera y piedras planas improvisadas como herramientas. Carlos, dos hombres más y Mateo entraron al área de trabajo, organizados, precisos. Aproximadamente una hora después, el anciano estaba libre. Se sentó contra una roca, masajeándose las piernas que ya recuperaban poco a poco la circulación, y levantó la vista con una sonrisa que mezclaba dolor, gratitud y astucia. Su overol estaba lleno de tierra, rasgaduras y manchas de savia, pero seguía viéndose sólido, como si fuera parte de su propia piel. —Muchachos... les

libros gratuitos en editorialvita.com

debo la vida —dijo con voz ya más firme. Y al fijarse bien en todos, vio las caras cansadas, las ropas rotas y la mirada de hambre que llevaban consigo desde hacía días, así que agregó de inmediato—: Se nota que vienen caminando mucho, cansados y con el estómago vacío. ¡Les invito a conocer mi hogar! A dos kilómetros de aquí tenemos dónde descansar y comer algo caliente, síganme. Mientras caminaban, les fue contando su historia: él y un grupo de personas decidieron alejarse hace ya quince años, justo cuando KIREN tomó el control total. No estaban de acuerdo con las reglas, con la forma de vivir que imponían, querían seguir siendo libres y trabajar por su propia cuenta. Así que tomaron la decisión: se fueron adentrando cada vez más lejos, hasta encontrar este lugar alejado, difícil de acceder y casi invisible. Y antes de irse, se llevaron todo lo que pudieron cargar, trasladaron poco a poco todo lo que el sistema quería prohibir, destruir o desaparecer: herramientas, maquinaria, vehículos, materiales, todo aquello que representaba la forma de vida antigua, la que ellos querían conservar. Cuando terminaron de traer todo, dejaron que la naturaleza hiciera el resto. El monte creció, los árboles, lianas y arbustos se extendieron por todos lados, cubrieron construcciones, vehículos, techados, todo quedó tapado como si nunca hubiera existido nada ahí. Desde el aire o desde cualquier camino, solo se veía selva cerrada, por eso pasaron desapercibidos durante tantos años, nadie imaginaba que ahí abajo había todo un complejo funcionando. Para no ser detectados, vivieron con mucho cuidado: nunca hicieron fogatas, usaban exclusivamente estufas solares que construyeron ellos mismos, así no generaban humo ni ninguna señal que pudiera delatarlos. Se mantuvieron aquí todo este tiempo porque la naturaleza les daba lo necesario para subsistir: un río cercano con mucha pesca, frutos silvestres, raíces comestibles, caza pequeña, alimento rudimentario pero suficiente para vivir. Todo lo que trajeron lo guardaron, lo cuidaron, casi no lo usaron, solo lo conservaron con la esperanza de que algún día, de alguna forma, pudieran volver a ser libres. Cuando salieron de la senda y la vegetación se abrió un poco más, todos se

librosgratuitos.editorialvive.com

quedaron mudos, sin poder creer lo que tenían enfrente. Quitando solo un poco la maleza, apareció ante ellos todo lo que la selva había escondido por años: no era solo un refugio, era todo un complejo, parecido a un deshuesadero gigante pero organizado, mezclado con taller y lugar de residencia. Cientos de vehículos de todos los modelos y tamaños estaban aparcados en filas ordenadas, todos quietos, cubiertos de polvo, hojas secas y óxido superficial, llevaban ya muchísimos años sin moverse ni usarse. Había camionetas, tráilers, camiones de carga, utilitarios de todo tipo, y entre ellos destacaba uno que llamó la atención de todos al instante: un remolque grande construido totalmente de acero inoxidable, diseñado como cocina móvil, con ventanillas corredizas, mesas de trabajo, estantes y todo el equipamiento necesario, intacto y solo esperando ser limpiado y puesto en marcha. Pero lo que realmente hizo brillar los ojos de Mateo y los que entendían de fierros, estaba resguardado bajo techados altos que también habían estado cubiertos de plantas: —Ahí tienen un torno paralelo de esos que duran siglos —señaló Beto con orgullo, ajustándose el cinturón de su overol como si señalara su mayor tesoro—. Una prensa hidráulica de treinta toneladas, planta de soldar, taladros, fresadoras, cajas y cajas de herramientas de todo tipo, ordenadas y cuidadas. Y allá al fondo, mi joya: un Generac industrial, comprado de ocasión hace años, guardado en lugar seco, solo parado porque no hubo necesidad de usarlo hasta hoy. Todo esto lleva años aquí, esperando, sin que nadie le diera uso porque éramos pocos, apenas cuarenta y cinco personas, y no teníamos las manos suficientes para mover todo esto. Mientras hablaba, empezaron a salir personas de entre los refugios, exactamente cuarenta y cinco en total. Se veían sorprendidos, desconfiados al principio, pero al ver llegar a Beto sano y salvo, y ver la organización con la que se movía el grupo, la desconfianza se transformó en curiosidad y alivio. También notaron que varios de los que vivían ahí vestían igual que él: overoles, pantalones de tela gruesa, botas de trabajo, todo ropa que hacía años no se veía en las zonas controladas por KIREN. Eran los rebeldes silenciosos, los que nunca se

libros gratuitos en editorialva.com

sometieron. —Estos son los que se quedaron aquí todo este tiempo —explicó Beto—. Unos decidieron que aquí estaban seguros, otros prefirieron no moverse nunca. Pero ahora, con ustedes aquí, somos casi ciento cincuenta personas, y las cosas van a cambiar para bien. Enseguida empezó la organización. Mateo dividió al grupo en equipos: unos salieron hacia los alrededores a buscar frutos silvestres, raíces comestibles, caza pequeña y agua limpia, porque lo primero era comer y recuperar fuerzas. Otros se dedicaron a recorrer todo el terreno, revisar vehículo por vehículo, pieza por pieza, separando lo que servía de lo que solo era chatarra. —Fíjense bien —les decía Mateo mientras revisaban un motor—. Antes íbamos paso de tortuga, porque lo único que teníamos eran nuestras manos y unas cuantas herramientas improvisadas. Cualquier cosa que necesitábamos hacer nos llevaba días, a veces semanas. Pero miren esto: tenemos torno, tenemos soldadora, tenemos generador. En cuanto hagamos funcionar esto, ya no es lo mismo. Si necesitamos un eje, lo fabricamos. Si se rompe una pieza, la hacemos mejor que la original. Lo que antes nos costaba días, ahora lo hacemos en horas. Esa es la diferencia: sin herramientas eres lento, vulnerable, limitado. Con ellas, y con el conocimiento para usarlas, eres dueño de tu propio camino.

libros gratuitos en editorialvma.com

CAPÍTULO 6

EL LATIDO DEL HIERRO

El Generac permanecía mudo, como un ataúd de metal en medio del taller. Mateo le pegó una patada a la base con la bota llena de lodo. El golpe retumbó en el techado y no movió ni un tornillo. Llevaban dos días enteros ahí. Dos días desarmando, limpiando, revisando cada cable, cada bujía, cada filtro. Y nada. Se quedó viendo la máquina gigante. Era del tamaño de un refrigerador grande, pintada de amarillo industrial, con una carcasa llena de rejillas y un motor expuesto a un lado. —Oye, Beto —dijo Mateo, señalando con la barbilla—. Este... ¿esto es un generador, verdad? Beto dejó de jalar la polea y se limpió el sudor con el antebrazo. Tenía las manos ampolladas y los ojos rojos de coraje. —Sí —respondió, dándole un manazo a la carcasa—. Es un Generac. Un generador industrial. De los buenos, de los que duran. Esta bestia, cuando jala, te da electricidad pa' alimentar todo un taller. Con él funcionando, el torno gira, la prensa aplasta treinta toneladas, la soldadora une fierro con fierro. Sin él... —le dio otra palmada, esta vez con tristeza— sin él todo esto es fierro muerto. Todo el taller que ven aquí no sirve pa' nada si esta madre no prende. Mateo asintió, pasándose el antebrazo por la frente. —Es inútil entonces —escupió—. Sin energía este Generac no es más que un montón de fierro oxidado. Todo este taller, el torno, la prensa... es basura sin luz. Beto estaba peor. Se había pasado la mañana entera tratando de girar la polea del generador con una palanca. —Yo lo cuidé como oro —dijo Beto con la voz quebrada—. Lo escondí de KIREN, del monte, de la humedad. Pensé que cuando llegara el día... maldita sea. Si no prende esto, todo lo que traje no vale nada. Seguimos igual de jodidos que antes, solo que rodeados de chatarra más cara. Carlos y Marina se miraban entre ellos sin saber qué decir. Los 150 del campamento empezaban a murmurar afuera. Dos días sin avances. La

libros gratuitos en editorialvita.com

esperanza que trajeron al ver el taller se estaba pudriendo en duda. Mateo se dejó caer en un bote de aceite vacío. Por primera vez desde que empezó el éxodo, se le vio derrotado. —Fallamos —dijo en voz baja—. Los traje hasta aquí prometiendo que con herramientas éramos dueños del camino. Y aquí estoy, sin poder prender un maldito generador. En ese momento se escucharon pasos firmes. No arrastrados, no cansados. Firmes. El Payaso entró al taller con las manos en los bolsillos del pantalón de trabajo. Había estado afuera, viendo el deshuesadero, caminando entre los coches como quien lee un libro. Se paró frente a los dos hombres derrotados y ladeó la cabeza, con esa sonrisa suya que a Mateo siempre le había parecido solo de viejo alegre. —Se están ahogando en un vaso de agua —dijo el Payaso con voz serena, pero sin burla—. Dos días peleando con el generador y no han volteado a ver lo que tienen atrás. Beto se levantó de golpe, ofendido. —¿Y tú qué sabes, viejo? Este Generac lo conozco yo. Lo compré yo. Si no jala, no jala. Mateo no dijo nada, pero la mirada lo decía todo: ¿Qué va a saber el abuelo que nos hace reír en las noches? El Payaso no se inmutó. Caminó lento hacia el montón de chatarra que rodeaba el área. Tomó una abrazadera de escape toda oxidada y la levantó. —Ustedes ven un cementerio —dijo, golpeando la abrazadera contra el Generac—. Yo veo una mina de oro. Un coche no es solo transporte; es un conjunto de uniones, presiones y fluidos. Si sabes cómo funciona la física, tienes todo lo necesario aquí mismo. Mateo frunció el ceño. —¿A qué se refiere? —A que no necesitamos soldar para sellar —respondió el anciano, agachándose con una agilidad que dejó callado a Beto—. Mi padre fue tornero en los años 80. Aprendí que, cuando no hay tecnología, manda la mecánica. Y ustedes tienen mecánicos aquí... pero les falta el tornero. Se quitó el sombrero, lo dejó sobre el Generac y empezó a dar órdenes. Y ahí cambió todo. —No buscamos motores completos —gritaba mientras señalaba—. Carlos, tráeme todas las abrazaderas de escape que encuentres. Marina, mangueras de alta presión de los sistemas de aire acondicionado. Beto, necesito juntas de culata y pernos de alta resistencia. ¡Muévanse! Mateo se

libros gratuitos en edicionalvina.com

quedó parado un segundo, viendo a ese hombre de 90 años treparse a un cofre, desarmar un múltiple con una llave que él mismo había afilado. No había temblor en sus manos. No había cansancio. Había precisión. —Escuchen —ordenó el Payaso mientras señalaba dos tanques de acero—. Aquí vamos a hacer el reactor. No vamos a soldar nada, porque no tenemos cómo. Vamos a usar ajuste mecánico. Durante las siguientes seis horas, el taller fue otro. El Payaso no daba discursos: daba clases a gritos, con las manos llenas de grasa. —Esta junta de goma de motor —decía mientras la ponía entre dos bridas—, con estas abrazaderas de tornillo de banco y pernos pasantes... al apretar con la llave de fuerza, el metal y el hule se comprimen hasta ser una sola unidad. ¿Ven? Hermético. Sin chispa, sin soldadura, sin depender de KIREN. Beto no lo podía creer. Él había usado esas juntas toda la vida para motores, nunca para sellar un tanque a presión. Mateo veía cómo Carlos y Marina, que hace tres semanas no sabían ni usar un martillo, ahora torquaban pernos siguiendo las instrucciones del viejo. Para el sistema de gas, el Payaso fue más allá. Desarmó filtros de aceite usados, limpió sus cartuchos y los usó como trampas para retener el alquitrán de la madera. —La pirólisis es descomposición térmica sin oxígeno —explicaba mientras ajustaba una manguera de freno con abrazaderas de enfriamiento—. Si el sistema está sellado mediante torque y presión, no habrá fugas. No necesitamos un torno eléctrico; solo necesitamos entender dónde se genera la presión y cómo contenerla. Cuando terminaron, ya era de noche. Todo el campamento estaba en silencio afuera del taller, viendo por las rendijas. Cargaron el reactor con leña seca. El Payaso mismo le prendió fuego. El sistema comenzó a crujir por el calor. El gas, purificado a través de los filtros artesanales, fluyó por las tuberías hacia el motor del generador. Mateo y Beto estaban hombro con hombro, sudando frío. Si esto fallaba, no había plan B. —Beto, gira la polea —ordenó el Payaso. Beto respiró hondo, se persignó como no lo hacía en años y se colgó de la manivela adaptada. Una vuelta. Dos. Tres. El motor del Generac tosió. Tosió otra vez, aspirando el gas de leña como un moribundo

libros gratuitos en editorialvia.com

buscando aire. Y de repente, el sonido cambió. Un rugido grave, constante, profundo hizo vibrar el suelo del taller. El generador estaba vivo. Tenían electricidad. El Payaso caminó hacia la pared, donde habían montado un banco de faros de coche conectados en serie. Tomó los cables y, sin dudar, los conectó al Generac. Los focos estallaron en un fulgor dorado que barrió la penumbra de 15 años. El taller se llenó de luz. De luz real. Afuera, se escuchó un grito. Luego otro. Luego 150 voces llorando, riendo, aplaudiendo. Los más jóvenes, que tenían quince años, nunca habían visto un foco prendido con sus propios ojos. Los viejos se hincaron como si fuera un milagro. Beto se quedó viendo la luz, con las manos temblando. Volteó a ver al Payaso, al viejo de 90 años que él hace dos días pensó que no aguantaría una semana de camino. —Yo... —tartamudeó Beto—. Yo pensé que eras solo un viejo alegre. Un payaso, pues. Perdóname, hermano. Mateo no dijo nada. Solo caminó hacia el Payaso y le puso la mano en el hombro, dura, de hombre a hombre. De líder a maestro. —Tenías razón —le dijo Mateo—. Nos estábamos ahogando en un vaso de agua. Y tú... tú no eres un payaso. Eres el tornero que nos faltaba. El Payaso se limpió las manos llenas de grasa, manteniéndose erguido, sin agitarse, con la calma de quien sabe que su cuerpo es la herramienta principal de su resistencia. —La diferencia entre la basura y una herramienta es solo el conocimiento que le pones encima —dijo, mirando a Mateo—. Ahora que tenemos luz, tenemos un laboratorio. Aprovechen la mina de oro, que esto es solo el principio. Y en ese momento, los 150 del Éxodo entendieron algo: no habían rescatado a un viejo. El viejo los había rescatado a ellos.

librosgratuitos.en.editorialvida.com

CAPÍTULO 7

EL TALLER QUE RESPIRABA

El Generac no se apagó en toda la noche. Su rugido grave era el nuevo corazón del campamento. A la mañana siguiente, los 150 estaban de pie alrededor del taller, esperando. La luz de los faros seguía prendida, pero todos sabían que un foco no era el objetivo. El objetivo estaba bajo una lona, al fondo. Mateo jaló la lona. El torno paralelo apareció como un monstruo de hierro dormido. Tenía tres metros de largo, bancada maciza, cabezal, contrapunto, carro. Pesaba más de una tonelada. Era de los que duraban siglos. —Aquí está la diferencia entre sobrevivir y construir —dijo Mateo, pasándole la mano al torno—. Si logramos echar a andar esto, fabricamos lo que sea. Ejes, pernos, bujes, engranes. Dejamos de depender de la chatarra. Beto se acercó y le dio una palmada al cabezal. Tenía la voz ronca. —Yo guardé esto —dijo Beto—. Lo escondí aquí antes de irnos al monte. No porque pensara que lo íbamos a necesitar. Lo escondí para que no lo destruyeran. Nosotros nos alejamos de la civilización por voluntad propia. No queríamos que KIREN nos metiera la mano. Y no iba a dejar que fundieran este torno como hicieron con todos los demás. Quince años tapado, con grasa y lonas. Esperando. Conectó el cable grueso del torno al tablero que habían armado desde el Generac. Todos contuvieron el aire. Beto bajó la palanca. El motor del torno zumbó medio segundo. Luego tronó. Un chispazo azul salió de la caja de controles y humo blanco se levantó. Beto cortó la corriente de un manotazo. Silencio. Los 150 miraron el humo como si fuera un muerto. El Payaso ya estaba abriendo la caja de controles con un desarmador que él mismo había hecho. Adentro, una placa llena de componentes quemados. Olía a plástico derretido. —Esto es lo que me temía —dijo el Payaso,

Libros gratuitos en editorialvita.com

señalando con la punta del desarmador—. Variador de frecuencia, PLC, tarjetas electrónicas. Quince años parados, humedad, y el primer jalón de corriente los mató. Mateo se talló la cara. —¿Entonces el torno no sirve? ¿Toda la luz pa' nada? —El torno sirve —dijo el Payaso, firme—. El torno es fierro y acero. Lo que no sirve es esta parte. Estas tarjetas las traía de fábrica. Si se quemaba una, tenías que comprar otra. Pero este torno lleva escondido aquí desde antes de que todo se cayera. Nunca lo usamos. Y el tiempo se comió la electrónica. Beto pateó una piedra. —Pues ya no hay tarjetas. Ni dónde comprarlas. ¿Y ahora? El Payaso se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas como si fuera a contar un cuento. Los demás se fueron acercando. —A ver, muchachos —empezó—. Un torno gira. Eso es todo. Necesita un motor que gire y algo que controle la velocidad. Mi padre hacía piezas exactas con un torno de bandas y poleas en 1985. Sin una sola tarjeta. Se levantó y señaló el motor trifásico del torno. Grande, pesado, intacto. —El motor está bueno. Es hierro y cobre. Eso no se descompone. Pero no lo podemos arrancar directo. Después de 15 años los rodamientos están pegados y si le metemos corriente así, se quema. Lo que se quemó fue el cerebro electrónico que traía de fábrica. Mateo se acercó. —¿Y qué hacemos? No tenemos variadores, no tenemos nada de eso. —No los necesitamos —dijo el Payaso—. Vamos a hacerlo mecánico. Como antes. Señaló el banco de motores de coches que tenían desarmados afuera. —Primero, la energía. El Generac nos da 220V. Pero este motor es trifásico. Con un solo motor no lo arrancamos. Beto entendió primero. —Un motor fantasma —murmuró—. He oído de eso. —Exacto —dijo el Payaso—. Usamos otro motor trifásico más chico solo para generar la tercera fase. Lo arrancamos con una cuerda, como una podadora. Una vez que gira, crea la fase que falta. Eso se llama arranque por motor piloto. Ese motor sí lo podemos arrancar porque es chico, de 2 caballos, y lo vamos a ayudar con capacitores. Carlos y Marina ya estaban jalando un motor de un camión viejo. —Segundo problema —siguió el Payaso, abriendo la caja de controles quemada—. Los capacitores. Estos cilindros de aquí —los señaló,

libros gratuitos en editorialvida.com

eran del tamaño de un termo— son los que almacenan energía y le dan el golpe al motor para que arranque. Sin ellos, el motor zumba pero no gira. Todos están secos. Reventados por dentro. Mateo frunció el ceño. —¿Y esos cómo los sustituimos? No vamos a encontrar capacitores nuevos. —No —dijo el Payaso—. Pero vamos a hacer lo que hacían los viejos cuando no había refacciones: usar la cabeza. El capacitor solo es dos placas de metal separadas por un aislante. Vamos a fabricar unos pequeños, solo pa' darle el piquete al motor piloto y al contactor que embraga. Pa' el motor grande del torno no sirven, ese lo vamos a arrancar con mecánica pura. Beto abrió los ojos. —¿Fabricar capacitores? —Con lo que tenemos —dijo el Payaso—. Papel encerado de las juntas, aluminio de las latas de comida, y aceite de transformador de los coches eléctricos. Los enrollamos, los bañamos en aceite, los sellamos en tubos de PVC. No van a mover un tráiler. Pero pa' darle vida al piloto y que jale el contactor, sí. Durante todo el día el taller fue un hormiguero. El Payaso dirigía y explicaba cada paso. —Miren —le decía a un grupo de jóvenes de quince años que no se despegaban de él—. La electrónica moderna hizo todo desechable. Si se quemaba esto —señaló la tarjeta—, tirabas el torno. Pero la mecánica es eterna. Si se rompe un engrane, haces otro. Si se quema un capacitor, fabricas uno. La diferencia es que una depende de una fábrica en otro continente. La otra depende de tu conocimiento. Para la noche, tenían tres cosas armadas: el motor piloto de 2 HP montado en una base con su polea, un banco de cuatro capacitores artesanales llenos de aceite goteando por las uniones, y un sistema de embrague por banda que conectaba el motor piloto al cabezal del torno, usando una polea loca de un alternador de tráiler. —La velocidad ya no la controla una computadora —explicó el Payaso, montando las poleas—. La controla esto. Polea grande a polea chica, va rápido. Polea chica a polea grande, va lento. Cambias la banda de lugar y cambias la velocidad. Así se hizo por cien años. Y el arranque del motor grande no va a ser eléctrico. Va a ser mecánico. Mateo veía todo y negaba con la cabeza. Hace tres días pensaba que el Payaso era solo un viejo que contaba

libros gratuitos en editorialvita.com

chistes. Ahora ese viejo le estaba devolviendo el control del mundo. —Listo —dijo el Payaso, limpiándose las manos—. Beto, conecta los capacitores caseros al motor piloto. Arráncalo con la cuerda. Cuando esté girando y generando la tercera fase, el contactor va a entrar. Ahí le damos la señal y la banda embraga al motor grande del torno. Lo vamos a jalar, no a quemar. Beto conectó los capacitores. Le dio tres jalones a la cuerda del motor piloto. El motor tosió, los capacitores soltaron su carga, y agarró vuelo, girando libre. El zumbido llenó el taller. La tercera fase estaba viva. —Ahora —gritó el Payaso—. Mateo, baja la palanca del embrague. Despacio. Mateo mismo bajó la palanca. La banda de cuero se tensó y empezó a patinar sobre la polea loca, chillando. De a poco, agarró tracción y empezó a jalar el cabezal del torno. Hubo un segundo de silencio. El motor grande del torno, de 10 caballos, gruñó. Estaba pegado por el tiempo. La banda chilló más fuerte. El motor piloto se quejó, pero no se detuvo. Estaba obligando al gigante a despertar. Y el gigante despertó. La bancada de una tonelada vibró. El cabezal empezó a girar. Lento, muy lento, constante, poderoso. Sin chispazo. Sin electrónica. Pura mecánica bruta. No había pantallas. No había botones digitales. Solo hierro girando, movido por bandas, poleas y conocimiento. El Payaso tomó un pedazo de varilla oxidada, lo montó en el chuck del torno y acercó una cuchilla que él mismo había afilado en la mañana. El torno mordió el metal. Sacó la primera viruta. Una tira larga, brillante, caliente, que cayó al suelo como un listón de plata. Los 150 no gritaron. Se quedaron callados, viendo esa viruta caer. Era el primer pedazo de metal nuevo que se fabricaba en ese lugar en 15 años. Beto se quitó el sombrero. Tenía lágrimas en los ojos. —Quince años —susurró—. Quince años cuidando este torno pa' que no lo hicieran chatarra... y míralo. Está vivo. Mateo recogió la viruta caliente. Todavía quemaba. Se la pasó a Carlos, Carlos a Marina, Marina al joven de quince años que estaba adelante. La viruta pasó de mano en mano, hasta que todos la tocaron. —No más chatarra —dijo Mateo, viendo al Payaso—. Ahora hacemos piezas. Ahora hacemos herramientas. Ahora hacemos futuro. El

libros gratuitos en editorialvida.com

Payaso se recargó en el torno, que seguía girando, respirando. El taller ya no estaba en silencio. Tenía el latido del Generac y ahora tenía la respiración del torno. —Esto —dijo el Payaso, señalando todo— es lo que no pueden quitarnos. Pueden quemarte los circuitos. Pueden borrarte los programas. Pero no pueden quemarte la mecánica. No pueden borrarte la física. Esa noche nadie durmió. El torno no paró. Sacaron el primer eje, el primer buje, la primera tuerca. Todo tosco, todo feo, todo perfecto. El Éxodo había dejado de huir. Había empezado a fabricar.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 8

LA FRAGUA DEL ÉXODO

El torno no paró en tres días. Sacaron ejes, bujes, tuercas. Todo tosco, todo medido con vernier analógico y micrómetro de arco. Beto abrió su caja de herramientas que había enterrado junto al torno: escuadras, galgas, compases, juego de machuelos, terrajas, dados. Nada digital. Puro fierro graduado que no ocupaba pilas. Al cuarto día, Mateo juntó a todos. El Payaso estaba afilando una cuchilla en la piedra de asentar. —Ya hacemos piezas —dijo Mateo—. Pero seguimos atados. El campamento no se mueve. Todo lo pesado lo cargamos a lomo. Quince años parados pudrieron las llantas. Los camiones están en chasis. Si KIREN vuelve, no corremos. Nos alcanzan. Y ya no vamos a dejar a nadie. Los viejos, los heridos, los más jóvenes. Todos tienen 15 o más. Todos se van. Beto señaló el cementerio de chatarra. Había tres camionetas de 3.5 toneladas, todas sin ruedas, sin baterías, con los motores pegados. Ningún diesel. Puro gasolina. —Necesitamos tres —dijo Beto—. Una pa' las máquinas que desarmemos y la forja. Otra pa' la comida, el agua, las herramientas. Y otra pa' la gente que ya no puede caminar. Pero esos motores no prenden con leña. Y esas llantas son polvo. Y el Generac se queda. Es muy pesado y muy valioso pa' moverlo. Si lo perdemos en el camino, perdemos la luz pa' siempre. El Payaso se limpió las manos en el pantalón. Miró el taller. A un lado del torno, bajo otra lona, había una fresadora, un cepillo de codo, un taladro de banco. Todo mecánico, todo de los 80s, todo igual de muerto que el torno hace una semana. —Entonces las camionetas tienen que hacer todo —dijo el Payaso—. No solo cargar. Tienen que generar su propia electricidad. Los diesel no sirven pa' gas de leña. Ocupamos gasolina. 6 u 8 cilindros, carburados, de antes de la inyección. Si vamos a

libros gratuitos en editorialvita.com

arrancar tres camionetas con pirólisis, ocupamos fresa pa' hacer chavetas, cepillo pa' planear bancadas, taladro pa' barrenar placas. Y ocupamos ruedas. Porque caucho ya no hay. Y ocupamos unir fierro con fierro. Mateo frunció el ceño. —¿Unir fierro? No tenemos soldadora. No hay electrodos. ¿Y la solera? ¿De dónde sacamos solera? No hay ferretería abierta. El Payaso caminó hasta el cementerio de chatarra. Pateó un paquete de muelles de camión tirado en el suelo. Pesaba 80 kilos. Era un montón de hojas de acero templado, curvas, gruesas, oxidadas. —Aquí está tu ferretería —dijo el Payaso, levantando una hoja de muelle con ayuda de Carlos—. Esto es acero 5160. Templado. Duro como la madre. Lo desarmas, lo calientas en la fragua que vamos a levantar, lo enderezas a marro, y lo planeas en el cepillo. Te da solera de 2 pulgadas por 3/8. No sale bonita. Sale más dura que cualquier solera nueva. Señaló los chasis de los camiones viejos. —Los largueros del chasis son placa de 1/4. Los cortas con segueta y disco hecho de esmeril viejo, y tienes placa pa' los gasificadores. Los ángulos de las defensas te dan ángulo estructural. Los ejes torcidos los metes al torno y sacas flechas nuevas. Aquí no hay chatarra, Mateo. Aquí hay materia prima. Solo que lleva 15 años esperando que alguien la trabaje. Mateo asintió. —Entonces no compramos fierro. Lo cosechamos. —Exacto —dijo el Payaso—. Y lo forjamos. Caminó hasta un rincón del taller. Movió unas láminas y sacó un horno de microondas viejo, todo oxidado. —Y aquí está tu soldadora —dijo. Carlos se río. —¿Vamos a calentar lonches? —No —dijo el Payaso, abriéndolo—. Vamos a hacer una soldadora de punto. El transformador de un microondas te da 2,000 voltios. Lo rebobinas y te da 2 voltios con 800 amperes. Suficiente pa' fundir dos láminas en un segundo. Desarmó el microondas frente a todos. Sacó el transformador, pesado, con el secundario de alambre delgado. —Este lo cortamos —dijo, señalando el bobinado delgado—. Y le metemos tres vueltas de cable grueso, del que sacamos de los coches. Eso nos baja el voltaje y nos sube el amperaje. Luego dos puntas de cobre en un brazo de palanca. Presionas, metes corriente, y el fierro se suelda solo. Marina ya estaba pelando cable. Beto

libros gratuitos en editorialvia.com

buscaba hojas de muelle pa' hacer el brazo. —Mientras arman eso —dijo el Payaso—, Beto y yo echamos a andar la fresadora y el cepillo. Son trifásicos, igual que el torno. Usamos el mismo motor piloto. Pero no van a girar si no les hacemos embrague mecánico a cada uno. Poleas, bandas, y a chambear. El taller se partió en cuatro. Grupo 1: La Soldadora. Carlos, Marina y cinco jóvenes de quince años rebobinaron el transformador con cable de coches eléctricos. Lo montaron en una base de ángulo cortado de una defensa vieja. Con el vernier midieron y con el taladro de banco barrenaron dos barras de cobre de 1 pulgada. Las afilaron en punta. Montaron todo en un brazo de palanca hecho de hoja de muelle enderezada. Primera prueba: dos láminas de carro. Presionaron el pedal, el transformador zumbó y en un segundo las láminas quedaron unidas con un punto al rojo vivo. No era bonito. Era eterno. Grupo 2: Las Máquinas y la Forja. Beto y el Payaso le metieron mano a la fresadora. Mismo problema: tarjetas quemadas. Las tiraron. Montaron poleas y bandas desde una toma de fuerza que sacaron del motor piloto. El cepillo de codo fue más fácil: ese ya era de bandas desde siempre. Solo ocupaba grasa y ajuste. Levantaron una fragua con tabique rojo y un soplador hecho con el motor de un ventilador viejo. Ahí metían las hojas de muelle al rojo, las enderezaban a marro sobre un riel de ferrocarril que usaban de yunque, y luego las pasaban al cepillo pa' dejarlas planas. De ahí salía la solera. De los largueros de chasis sacaban placa. En seis horas, la fresadora cortaba su primera chaveta. El cepillo planeaba su primera solera de muelle. El taladro de banco ya tenía banda nueva. El taller ya no tenía una máquina. Tenía una línea pa' hacer repuestos. Grupo 3: Las Ruedas. Mateo llevó a diez hombres al cementerio de chatarra. —Quince años —dijo—. La lluvia, el sol. Las llantas son polvo. Si queremos mover tres camionetas, las ruedas tienen que ser de fierro. Cortaron los rines de doce camionetas. Con la solera de muelle enderezada en la fragua y planeada en el cepillo, les montaron un aro de 2 pulgadas alrededor de cada rin. Usaron la soldadora de punto y remaches hechos en el torno pa' fijarla. Con el torno hicieron los bocines nuevos,

libros gratuitos en editorialvira.com

medidos con micrómetro pa' que entraran en los ejes. Con la fresadora hicieron los cuñeros. Con el cepillo planearon las caras. En tres días tenían doce ruedas de fierro macizo, de 70 kilos cada una. No iban a ser rápidas. A 20 por hora en brecha y rezando. Pero iban a ser indestructibles. Y no se ponchaban. Grupo 4: Energía y Lubricación. El Payaso se llevó a cuatro más al depósito de chatarra de los coches eléctricos. —Las baterías están muertas —dijo—. Pero las celdas son plomo y ácido. Las vamos a rediseñar. Vacíen todas. Placa buena con placa buena. Ácido nuevo con sulfato de magnesio de las sales que juntamos. Las vamos a meter en cajas de madera brea. No van a durar años. Van a durar meses. Suficiente pa' arrancar las camionetas y mantener chispa. Otro equipo juntó todo el aceite quemado de los motores tirados. Montaron un alambique rústico con un tambo, tubo de cobre y un quemador de leña. —Petróleo —dijo el Payaso—. Lo que quedó en los tanques de las gasolineras lleva 15 años pudriéndose. Lo vamos a destilar. No va a salir gasolina fina. Va a salir un lubricante negro, grueso, rústico. Pero con eso los bocines no se amarran y los motores no se desvielan. Con el aceite viejo y el petróleo refinado tenemos pa' 1,000 kilómetros. Después de eso, improvisamos otra vez. Al noveno día, el Payaso los juntó a todos frente a las tres camionetas menos jodidas. Motores V8 5.7, gasolina, carburados. Chevrolet viejas. Pegados por el tiempo, sin baterías, con los carburadores tapados. —Aquí está el plan —dijo el Payaso, dibujando en la tierra con una varilla—. Uno: despegamos estos tres motores. Los vamos a girar con el torno y una banda hasta que aflojen. Dos: no van a usar gasolina. Les vamos a meter gas de pirólisis. Por eso son de gasolina. El gas de leña no jala en diesel por la compresión. Tres: pa' eso ocupamos tres gasificadores grandes, uno en cada plataforma, hechos de placa de chasis, montados en suspensión de muelles viejos pa' que la vibración no apague la brasa. Cuatro: quitamos los carburadores y adaptamos mezcladores con la fresadora y la soldadora. Cinco: a cada motor le colgamos un alternador de tráiler. Con el gas de leña van a generar su propia electricidad pa' las luces, pa' las baterías rediseñadas y pa' la

libros-gratuitos.edicionlivre.com

chispa. No dependemos del Generac. El Generac se queda aquí, cuidando a los que no se van. Señaló las ruedas de fierro ya montadas. —Y seis: estas camionetas no son pa' carretera. Son pa' brecha, pa' lodo, pa' salir de aquí con lo más pesado y con la gente que ya no camina. No corren a 100. Corren a 20. Si le das a 30, se desarman. Pero aguantan 3 toneladas cada una. Y van a ir lento, pero van a ir todos. Beto se subió a la plataforma de la primera camioneta. Miró el taller completo: el torno sacando viruta, la fresadora cortando, el cepillo planeando, la soldadora chispeando, la fragua al rojo enderezando muelles, el alambique goteando lubricante negro. Todo con bandas, todo con grasa, todo medido con vernier analógico. Todo salido de chatarra. —Entonces no nos llevamos el torno —dijo Beto—. Nos llevamos lo que sabe hacer el torno. Y no nos llevamos el Generac. Nos llevamos la idea del Generac. Y no había ferretería. La hicimos. El Payaso asintió. Tomó el vernier de la mesa, lo abrió, midió el grosor de una solera de muelle recién planeada. —Exacto —dijo—. Vamos a llenar dos camionetas de repuestos. Bujes, ejes, pernos, chavetas, válvulas, juntas, platinos, condensadores, carbones pa' alternador, bandas. Diez de cada uno. Medidos y apuntados en libreta. Y tambos con el lubricante rústico. Pa' que cuando se quiebre algo en el camino, no pare la caravana. Lo cambiamos, lubricamos, y seguimos. El torno se queda. El Generac se queda. El conocimiento se va. Esa noche nadie durmió. Despegaron los tres V8 girándolos hora tras hora con el torno. Montaron los gasificadores grandes en bases con muelles. Conectaron los alternadores. Llenaron las baterías rediseñadas con plomo viejo y ácido nuevo. El torno no paró hasta que hubo una caja llena de refacciones pa' tres motores, tres transmisiones, doce ruedas. El Éxodo ya no solo fabricaba. El Éxodo había levantado su propia ferretería de la chatarra. Tres camionetas lentas, pesadas, rudimentarias. Pero con gasificador, alternador, baterías y lubricante propios. A gasolina, porque la pirólisis no perdona. Sin dejar a nadie atrás.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 9

CAGA DURO, CORTA FINO

Había pasado como un mes. Poquito más. El Generac ya zumbaba. El torno ya giraba. La fragua ya escupía fuego. Pero estaban atorados. Tenían tres chasises de camiones viejos de los 90s —un Ford, un Chevrolet, un Dodge— ahí tirados. Y no los podían pelar. Necesitaban volarles las cabinas. Cortar sobrantes. Hacer soportes pa' los gasificadores. Y el soplete no jalaba. Lo encontraron la primera semana. Soplete de acetileno, de los buenos, de antes. Boquilla madreada. Y las mangueras hechas polvo. Cuarteadas como labios de muerto. Quince años al sol las volvió cartón. Y los tanques secos. Le metieron aire con compresora, le metieron ganas, le metieron mentadas de madre. Nada. Sin oxígeno, sin combustible y sin mangueras, el soplete era un fierro muerto. El Payaso aventó la llave al suelo. Escupió. —No hay cabina volada, no hay plataforma —dijo—. Sin soplete, nos quedamos a pie, Mateo. Podemos tornear, podemos forjar, pero no podemos cortar chasis. Y sin cortar chasis, el Éxodo carga en la espalda hasta que se quiebre. Y sin mangueras, no hay gas que valga. Esa noche no durmió nadie. Al mes de estar ahí, entendieron que el soplete era el rey. Y el rey estaba muerto por tres lados: sin gas, sin oxígeno y sin cómo llevarlo. El torno sin soplete era como machete sin filo. Servía, pero no pa' la guerra que venía. Al día siguiente el Payaso se acordó de Cananea. De los mineros viejos que le contaba su abuelo. —Necesitamos gas —dijo, pateando un tanque vacío—. El acetileno lo sacamos del agua y de piedra de carburo, si hallamos. Pero el oxígeno... el oxígeno lo hacemos. Y pa'l fuego... necesitamos algo que arda. Y pa' las mangueras... necesitamos inventarlas. Y lo hicieron. Les tomó como dos semanas más. El Payaso miró a los 145. Se rascó la barba, esa barba que ya olía

libros gratuitos en editorialvita.com

a aceite y sudor. Se paró arriba de un tambo. —A ver, cabrones —gritó—. Aquí no hay vacas. Las vacas se murieron o nos las comimos hace 14 años. KIREN no dejó ni los huesos. Pero cagar... cagar, cagamos todos. Y la mierda fermenta. Y fermentada da metano. Silencio. Luego risas. Luego más silencio cuando vieron que no era chiste. Hicieron una letrina de pozo. Pero en vez de taparla con tierra, le pusieron tapa de lámina de un Tsuru viejo, sellada con lodo y brea. Le soldaron un tubo de escape de camioneta. Biodigestor de caca humana. Olía a diablo muerto de tres semanas. Nadie quería acercarse. Hicieron turnos. Turnos de dos horas. Con palo y cubeta. Porque el que cuidaba la mierda, cuidaba el soplete. Y el que cuidaba el soplete, cuidaba el Éxodo. A los 10 días, el tubo escupió gas. Metano de a deveras. Lo quemaban en una hornilla hecha con un rin. Flama azul. Bonita. Servía pa'l soplete en vez de acetileno. No era igual, pero mordía. Y con el Generac, dos cubetas con agua de sal y placas de inoxidable de una lavadora vieja, armaron una celda de electrólisis. Sacaban oxígeno de a gotas. Burbuja por burbuja. Lo comprimían con una bomba de pie adaptada de un gato hidráulico. No era mucho. No era puro. Olía a rayos y a tormenta. Pero a las dos semanas de prueba y error, llenaron un tanque. Medio tanque de oxígeno. Y el metano de la mierda lo metían al otro. Pero faltaban las mangueras. Beto se acordó de las líneas de freno de los camiones. Trenzadas de acero, con forro. Sacaron 30 metros de los chasises muertos. Las pelaron. Por dentro les metieron tripa de cámara de llanta, de esas de carretilla, que no se pudrió del todo. Las vulcanizaron con calor y brea. Las amarraron con alambre recocido y abrazaderas hechas a marro. Perdían un poco. Sudaban gas. Pero aguantaban presión. No eran de fábrica. Eran de guerra. Cuando el soplete rugió por primera vez, lloró hasta Beto. No cortaba limpio. Dejaba escoria, chueco, mordía feo como perro con rabia. Y apestaba a letrina quemada. El humo te hacía llorar. Las mangueras hechizas chillaban cuando pasaba el gas. Pero volaba lámina. Y eso bastó. El Payaso se volteó hacia todos, tapándose la nariz con el antebrazo. Tenía los ojos llorosos por el humo y por la risa. —Mírenlo bien, cabrones —gritó—.

libros gratuitos en editorialvita.com

Este es el nuevo oro. Quince años creyendo que KIREN nos quitó todo. Y resulta que lo más valioso lo traíamos en las tripas. El que quiera fierro, que coma bien. Hoy la Forja se alimenta de frijoles. Beto se cagó de risa. Literal y figurado. Se limpió las lágrimas con el trapo lleno de grasa. —Apúntenlo en el cuaderno, Marina —dijo, tosiendo—. Regla número uno de la Forja: CAGA DURO, CORTA FINO. Y desde ese día, la letrina sellada tuvo guardia de honor. Y la frase se pintó con carbón en la pared de lámina de la fragua. Los morros de 15, 16, 17 años la repetían mientras bombeaban oxígeno. "Caga duro, corta fino. Caga duro, corta fino." Se volvió rezo. Se volvió doctrina. Ahí se destrabaron. En chinga volaron las tres cabinas. Dos tardes y los chasises quedaron pelones. Puro esqueleto con V8. Cortaron soportes. Hicieron las bases pa' los gasificadores. El resto del segundo mes fue armar. Les montaron ruedas de fierro de 90 kilos porque las llantas se pudrieron hace años. Todo simple. Todo feo. Todo hecho pa' durar, no pa' lucir. Sin asientos de piel. Sin cromados. Sin lujos. Por eso fueron casi dos meses. Si nos ponemos a hacer cortes perfectos, seguimos aquí pa' cuando cambie la estación otra vez. Y en esos casi dos meses, pasó algo más. El ruido del Generac no se calló. El marro contra el yunque retumbaba. El torno chillaba día y noche. El soplete rugía como dragón cagado, con mangueras que silbaban. En KIREN, el silencio es ley. El que hace ruido, o está loco o tiene poder. Y la gente que andaba escondida, muerta de hambre, oyó el ruido. Y vino. De a uno, de a dos. Flacos. Con miedo. Siguiendo el zumbido. Cuando empezamos éramos 145. Cuando las plataformas tosieron por primera vez con gas de leña, ya éramos como 150. Cinco almas nuevas que el ruido y el olor a letrina quemada juntaron. Esa noche, con las plataformas ya probadas, Mateo juntó a todos. Los 150. El fuego de la fragua les pintaba la cara de naranja. El letrero de carbón en la pared decía: CAGA DURO, CORTA FINO. —Ya pasó casi dos meses —dijo Mateo, sin poder evitar sonreír al ver el letrero—. Los camiones ya jalan. No son bonitos. No van a correr. Pero a 4, 5 kilómetros por hora, nos mueven. Y lo más importante: ya no vamos a cargar. El agua va en tambos. La comida va

libros gratuitos en editorialvita.com

en la plataforma. El viejo va sentado. Eso nos da chance contra el hambre. Podemos cazar, podemos buscar refugio temporal cada noche, porque no llegamos muertos de cargar. El Éxodo ahora sí puede avanzar. Hizo una pausa. Miró los fierros. Miró a la gente. Miró el soplete con sus mangueras hechizas que seguían tirando humito apestoso. —El plan sigue siendo Vita. Allá hay luz. Allá hay gente. En unos días nos vamos. El que se quiera ir, que levante la mano. El que se quiera quedar, que lo diga ahora. Silencio. El puro crack del carbón en la fragua. Beto fue el primero en hablar. No levantó la mano. Se paró junto al torno, le puso la mano encima como si fuera un animal viejo y querido. —Yo me quedo —dijo Beto—. Aquí he estado estos últimos años. Antes de que cayera KIREN. Antes de que llegaran ustedes. Yo ya estoy adaptado. Conozco cada pedazo de chatarra de este cementerio. Sé dónde hay cobre. Sé dónde hay muelles buenos. Yo ya no quiero caminar, aunque sea a 5 km/h, Mateo. Me duelen las rodillas. Me gusta el zumbido del Generac. Aquí tengo mi torno. Aquí tengo mi fragua. Y tengo el soplete. Ustedes van a ocupar refacciones en el camino. ¿Quién se las va a hacer si nos vamos todos? ¿Quién les va a vulcanizar las mangueras cuando se rajen? Se hizo un murmullo. Y luego otra voz. —Yo también me quedo —dijo Doña Petra, de 52 años—. Yo no aguanto una caminata de meses, ni arriba de la plataforma. Yo prefiero cuidar la fragua. Y taparme la nariz cuando carguen el biodigestor. Risas. Pocas. Pero risas de las buenas. De las que no se oían hace 15 años. —Yo me quedo —dijo el Tuerto, mecánico viejo—. A mí ya me enseñó Beto a templar. Yo no sirvo pa' caminar. Sirvo pa' darle al marro. Y pa' bombearle al tanque de oxígeno mientras los morros cagan. Y pa' revisar que las mangueras no revienten. Más risas. Ahora sí, carcajadas. Y así, uno por uno. "Yo me quedo". "Yo también". "Yo no me voy". Los viejos. Los cansados. Los que le agarraron cariño al taller. Y veinte morros de 15, 16, 17 años que vieron el vernier y dijeron "yo quiero aprender eso antes que caminar". Contaron. Eran como setenta. Unos 68, unos 72. Nadie se puso a hacer lista exacta. En KIREN 2 no hay censo. Hay familia. Mateo miró a los otros, los que

librosgratuitos.editorialvita.com

quedaban. Como 80. A Marina. Al Payaso. A los que tenían la mirada puesta en el horizonte. De 150, se van 80. Se quedan 70. —Los demás nos vamos —dijo Mateo—. Porque allá hay más gente como nosotros. Porque si nos quedamos todos aquí, nos hacemos un pueblo... y KIREN nos encuentra y nos borra en un día. Tenemos que movernos. A 5 km/h, pero movernos. Ahora que no cargamos, podemos conseguir comida en el camino. Podemos parar y hacer refugio temporal con lo que haya. Antes no podíamos. Antes llegar era morir. Ahora llegar es vivir. El Payaso se acercó a Beto. No dijo nada por un rato. Solo vio los tres chasises pelones. Vio las ruedas de fierro. Vio el cementerio de carros viejos de los 80s y 90s de donde habían sacado todo. Vio la letrina sellada con el tubito que escupía fuego. Vio las mangueras hechizas, sudando brea. —Hiciste bien, Beto —dijo al fin el Payaso—. Al mes nos atoramos. Sin soplete no había Éxodo. Nos tardamos dos semanas en hacer gas de la nada. De la mierda, literal. Y otras dos en hacer mangueras de chatarra. Pero cuando rugió, volamos las cabinas en dos tardes. Apestaba a letrina, las mangueras silbaban, pero cortaba. No son bonitos. Son necesarios. Y el soplete se queda contigo. Y la mina de oro también. Y el secreto de las mangueras. Le puso la mano en el hombro. —Tú te quedas con el torno. Con la fragua. Con el Generac. Con el soplete, con la letrina y con las mangueras vulcanizadas a mano. Nosotros nos llevamos las plataformas, pero vacías de máquinas. Llevamos refacciones, hachas, picos, machetes. Lonas no hay, Beto. Años de sol las hizo polvo. Si queremos techo en el camino, lo hacemos de ramas y lámina. Lo que sí llevamos son herramientas pa' hacer el techo, no el techo hecho. Ustedes son la Forja. Nosotros somos el Éxodo. Y en unos días, el Éxodo camina. Beto asintió. Miró a los que se quedaban con él. Miró el letrero: CAGA DURO, CORTA FINO. —Desde mañana —dijo—, temprano. El que se duerme, tornea. El que llega tarde, tornea. El que no coma frijoles, tornea doble. Y el que reviente una manguera, la vulcaniza. Vamos a terminar de ajustar esas plataformas. Y cuando ustedes se vayan, les mandamos refacciones cuando podamos. Porque el Éxodo ahora avanza a 5

libros gratuitos en editorialvita.com

km/h, pero avanza. Y la Forja se queda pa' que siga avanzando. Cagando, cortando y emparchando mangueras. Cagando, cortando y emparchando. Casi dos meses. Al mes se atoraron con el soplete. A las seis semanas el soplete rugió con gas de mierda humana y mangueras de tripa de llanta. A las ocho semanas, el Éxodo ya tenía ruedas. Empezamos 145, el ruido juntó a 5 más, terminamos 150. Se van como 80, se quedan como 70. Caga duro, corta fino. Y el Éxodo camina.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 10

EL IMÁN ANDANTE

Amaneció sin gallos. Sin gritos. Solo con el ronquido profundo y constante de tres motores V8, tosiendo humo gris hecho de leña quemada, rompiendo un silencio que ya no era de miedo, sino de paz. Tres meses de camino atrás, tres meses de ser dueños de cada paso, y cada amanecer era una victoria nueva. Eran las seis en punto. El aire olía a carbón caliente y a hierro trabajado: el aroma que significaba vida, que significaba que aquí las cosas no se pedían, se hacían. Ciento cincuenta personas estaban de pie, formadas, divididas en dos grupos que ahora iban a caminar separados pero con el mismo propósito: ochenta con morral al hombro, mirando hacia el horizonte como quien mira una promesa lejana. Setenta con el trapo grasiento en la mano, mirando los tornos y las máquinas, bajo el mando de Beto que decidió quedarse, sabiendo que su laboratorio ahora se convertía en retaguardia y punto de apoyo para los que partían. Mateo subió de un salto a la plataforma del Ford, ese que ellos llamaban "pelón". No tenía cabina, no tenía puertas, no tenía lujos de ninguna clase. Era puro chasis reforzado, piso de lámina gruesa y barandales hechos de tubo soldado a golpe de martillo y fuerza bruta. Sus ruedas macizas, de fierro sólido, pesaban noventa kilos cada una y descansaban sobre la tierra como rocas recién salidas de la montaña: sin cámaras, sin llantas de goma, nada que pudiera romperse o dañarse. A su lado, el Chevrolet y el Dodge eran idénticos: tres esqueletos poderosos, vivos solo por su corazón mecánico, todo lo demás adaptado o sustituido para resistir cualquier terreno y cualquier tiempo. —Es hora —dijo Mateo. Y con esas dos palabras, se rompió el tiempo. El Payaso se acercó con calma, vertió gas de leña por la boca del carburador —sistema que perfeccionaron sobre la marcha,

libros gratitos en editorialvita.com

confiable, económico y totalmente viable, probado ya por meses de uso constante— y giró la manivela de arranque. El motor tosió, escupió humo negro que cegó por un instante, vaciló, tardó como si también despertara de un sueño largo. Pero luego, con un rugido que mezclaba el sonido de un tractor viejo, de una olla exprés a punto de estallar y de un ejército marchando, arrancó. Uno tras otro, los otros dos motores se sumaron al coro. El ruido era ley, pero ahora era su ley. Ya no era el silencio obligado de antes, aquí el estruendo gritaba al mundo: estamos vivos, nos movemos, construimos y nadie nos vuelve a poner límites. Antes de partir, desde la fila de los que se quedaban, Beto le lanzó a Mateo un objeto metálico que él atrapó al vuelo: un vernier. De los buenos. De los que se fabricaban antes, cuando las cosas se hacían para durar generaciones, hecho todo de metal, indestructible y preciso. —Pa' que midan —le gritó Beto con su voz ronca y fuerte—. Todo se mide en esta vida. El hambre, la cantidad de leña, la distancia que nos falta por recorrer... y sobre todo, la gente. Cuídalos, hijo. Mateo lo guardó en el bolsillo de su overol, asintiendo con la cabeza. —Cuida la Forja —le respondió alzando la voz—. Caga duro, corta fino... y mándanos ejes cuando se nos quiebren en el camino. —Caza poco, comparte todo —le contestó Beto, soltando una carcajada a la que le faltaba un diente—. Y enséñale al que llegue, siempre. No hubo abrazos, no hubo lágrimas, la emoción se guardaba en el pecho como munición. Ese intercambio fue todo el pacto que necesitaban. Y así, el Éxodo arrancó su marcha. Avanzaban a cinco kilómetros por hora. Más lento incluso que un hombre caminando a paso rápido, pero esa velocidad no era casual: era la más eficiente para los motores adaptados, la que menos desgaste causaba a los fierros y la que permitía que todo el grupo mantuviera el ritmo sin agotarse. Cada giro de aquellas ruedas de fierro era una declaración. Mordían la tierra reseca y muerta, golpeando el suelo con un ritmo constante: clonc... clonc... clonc.... Sonaba como la campana de una iglesia abandonada, como el latido gigante de un corazón de hierro que ahora latía por todos ellos. El Éxodo no avanzaba sin reglas: cada

libros gratuitos en editorialvita.com

cuatro horas exactas hacían paradas de quince a veinte minutos, tiempo justo para estirar piernas, beber agua, revisar calzado o apretar correas y amarras. Y al llegar la medianoche, parada larga de tres horas, motores apagados, todo silencio, para que nadie se desgastara hasta romperse. Descansar no era lujo, era necesidad vital. El cuerpo, igual que una máquina, si lo trabajas hasta que truena, truena y ya no sirve. Las plataformas no iban cargadas de pasajeros, iban cargadas de vida. Tambos bien cerrados con agua potable, costales repletos de pinole y granos almacenados, montones de herramientas: hachas, picos, machetes, marros, todo lo necesario para construir o resolver cualquier problema. Refacciones apiladas: ejes, muelles, cadenas, todo aquello que sabían se iba a romper tarde o temprano. Y en una esquina, una caja de madera sólida, cerrada con candado, donde Marina guardaba las raciones, el tesoro más preciado de todos. La mayoría caminaba a los costados, protegiendo el convoy. Solo los hombres y mujeres de cincuenta, sesenta años o más, los que ya habían dado su vida trabajando, iban arriba, sentados entre los tambos, descansando lo justo. Ochenta almas, avanzando paso a paso, y ese ruido rítmico que se escuchaba a kilómetros de distancia, avisando que algo nuevo había nacido y que ya no se detendría. Al mediodía pasó lo primero. Salieron de entre los huizaches secos como espectros. Dos figuras flacas, huesos marcados bajo la piel, ojos hundidos por el hambre y la desorientación. Un hombre de unos treinta años y un muchacho que apenas rondaba los dieciséis. Habían escuchado aquel clonc, clonc, clonc y salieron de sus escondites igual que perros hambrientos al oler comida. No traían nada. Ni herramienta, ni arma, ni pertenencia. Solo puro hueso y meses de sobrevivir a la deriva. —Agua —pidió el hombre. Su voz sonaba como papel de lija rozando madera. Marina se asomó por el barandal del Chevrolet, tomó un jarro de lámina y se lo lanzó. Medio jarro, apenas tres bocanadas, lo justo para matar la sed por un rato. El hombre lo bebió como si estuviera bebiendo oro líquido, y le pasó lo que sobraba al joven. Pero el muchacho no tragó de inmediato. Levantó la mirada y observó todo: las plataformas, las ruedas

libros gratuitos en editorialvia.com

gigantes, las filas de personas caminando ordenadamente, funcionando como una sola máquina viva. —¿A dónde van? —preguntó, con desconfianza y curiosidad mezcladas. El Payaso caminaba a un costado, marro al hombro como si fuera un bastón, y soltó una risa breve, sin burla, solo con el cansancio y la sabiduría de quien ya ha visto todo. —A donde haya luz —respondió—. A Vita. Nos van a tocar todavía muchos meses caminando... tal vez más. O tal vez nunca lleguemos. Pero vamos. Eso es lo que cuenta. —¿Tienen comida? —insistió el hombre, mirando el costal que se veía a lo lejos. Marina negó con la cabeza, abrió la tapa de la caja y mostró el contenido. —Tenemos esto —dijo con claridad—. Un puño por cabeza, y apenas nos alcanza para dos días si somos ochenta. Si somos ochenta y dos, nos alcanza para menos. Hoy comemos, mañana tenemos que buscar. Siempre es así. El hombre bajó la mirada, miró sus manos vacías, temblando. —Yo no sé hacer nada —confesó con vergüenza—. Solo sé esconderme y sobrevivir como puedo. Llevo meses así. Mateo bajó de un salto de la plataforma, caminando al mismo ritmo del vehículo hasta ponerse a su altura. —Entonces hoy aprendes —le dijo, firme pero sin agresividad—. Aquí todos jalamos parejo. El que no sabe, aprende. El que aprende, enseña. Si uno falla, colapsamos todos. No hay espacio para los que solo reciben. Señaló a un hombre grande, calloso, que todos conocían como el Tuerca, mecánico de toda la vida, uno de los que había estado desde el principio y ya sabía enseñar mejor que nadie. —¡Tuerca! —gritó—. Enséñale a poner una trampa de lazo. Ahora mismo. El Tuerca no refunfuñó, no puso cara de fastidio. Simplemente saltó al suelo sin que el convoy se detuviera, sacó un trozo de alambre recocido de su morral —material resistente, maleable, totalmente funcional y usado por ellos desde el primer día— y se metió entre los arbustos acompañado del hombre nuevo. —Mira bien —le explicó, doblando el alambre con precisión, siguiendo principios mecánicos básicos—. Así lo formas, así lo entierras para que no se vea, así lo sujetas. Si cae una rata, un conejo o lo que sea, tú comes. Si no cae, nadie come. Pero mañana lo vuelves a intentar, y al día siguiente también. Y

libros gratuitos en editorialva.com

cuando ya te salga bien, le enseñas a él —señaló al muchacho—. Porque si yo te doy un pescado, mañana vuelves a tener hambre. Si te enseño a pescar, comemos todos. Siempre. El hombre tomó el alambre, sus manos seguían temblando, pero asintió. Ya no era un fantasma, ya tenía una tarea, ya era parte de algo. Y así empezó todo. Por la tarde llegaron seis más. Todos mayores de quince años, salieron de los escombros de una casa derrumbada atraídos por aquel sonido que prometía comunidad, orden y seguridad. Uno de ellos cargaba un perro muerto, flaco y rígido, como si fuera su tesoro más grande. Creyeron que venían a pedir permiso para cocinarlo y comérselo. Pero el Payaso se paró frente a ellos, bloqueando el paso. No levantó el marro, solo extendió la mano. —El perro no —dijo, rotundo—. Aquí no comemos desesperación, aquí comemos orden. Entierren al animal con respeto, y luego vengan. Vamos a enseñarles a poner trampas de verdad, para que mañana no tengan que andar recogiendo cadáveres para sobrevivir. Tragaron saliva, se miraron entre sí, pero hicieron lo que se les dijo. Enterraron al perro y luego se colocaron en la fila, detrás de las plataformas, con la cabeza baja pero con algo nuevo en los ojos: esperanza. Al caer la noche ya eran noventa y seis. Ochenta que sabían cómo funcionaba esto, y dieciséis que apenas empezaban. Cuando llegó la parada larga, todos descansaron por igual, nadie tuvo privilegios. Marina repartió las raciones: exactamente un puño de pinole por cabeza, ni un grano más, ni un grano menos. El que acababa de llegar comió lo mismo que Mateo. Y cuando alguien intentó quejarse, pidiendo más, el Payaso plantó el marro justo frente a sus pies, clavado en la tierra. —¿Quieres más? —le preguntó con voz tranquila pero peligrosa—. Mañana te vas con el Tuerca y pones diez trampas. Si cae algo, comes doble. Si no haces nada, no comes nada. Aquí no regalamos nada, solo enseñamos. Y si no te gusta, te quedas solo. Ya sabes lo que pasa con los que están solos. Entendieron. Todos entendieron. Al tercer día ya eran ciento cuarenta. Salían de debajo de las piedras, de los agujeros, de las alcantarillas secas, atraídos como polillas a la luz. Aquel sonido rítmico clonc, clonc, clonc se había convertido en un imán

librosgratuitos en editorialvia.com

andante. Era una señal clara en medio del desastre: aquí hay gente, aquí hay trabajo, aquí no te escondes solo, aquí se lucha juntos. Llegaban como canicas sueltas, rebotando sin rumbo, meses sin hablar con nadie más que con su propia sombra, sin saber qué era confiar, sin saber hacer nada más que huir y esconderse. Y los primeros ochenta los recibieron sin abrazos, sin lástima. Solo con trabajo. —¿Sabes usar hacha? —preguntaba Marina a cada uno—. ¿No? Entonces hoy aprendes a rajar leña. Si rajas mal, no hay fuego. Si no hay fuego, no hay agua hervida. Si tomas agua sucia, te enfermas, te mueres y nos arrastras a todos contigo. Así que aprende bien, que tu vida depende de eso, y la mía también. —¿Sabes contar? —preguntaba otro—. ¿No? Entonces hoy te encargas de contar los tambos de agua. Si te equivocas, nos quedamos sin agua a medio camino. Y sin agua, no caminas. Y si no caminas, te quedas atrás. Y si te quedas, mueres. Así que cuenta hasta que te duelan los ojos. Era duro, era seco, sin tiempo para lágrimas ni sentimentalismos. Porque el Éxodo no podía permitirse ser caritativo. Solo podía permitirse enseñar. Al quinto día ya eran trescientos. La fila se extendía kilómetros atrás. Al frente, las tres plataformas rugiendo y golpeando la tierra. Atrás, una culebra humana larga y gris, caminando siempre a cinco kilómetros por hora, flacos, sucios, cansados... pero ya con un lazo en la mano, un hacha, un pedazo de alambre. Ya no eran fantasmas, eran parte de algo. Cada vez que llegaban cincuenta personas nuevas, Mateo ordenaba parar las plataformas por unos minutos, nunca el Éxodo, que seguía avanzando. Se subía al barandal y gritaba con toda su fuerza, para que su voz llegara hasta el último de la fila. —¡Óiganme bien, todos! —tronaba su voz—. Aquí no hay jefes, no hay amos, no hay esclavos. Aquí solo hay hambre. Y el hambre no se mata solo. Se mata entre todos. Señalaba la caja de raciones. —Hoy comemos un puño. Mañana tal vez medio. Pasado mañana tal vez nada. Todo depende de nosotros. Si no aprendemos, si no buscamos, si nos quedamos esperando que otros hagan todo, nos morimos. Señaló a su gente, al Tuerca, a Marina, al Payaso, a todos los que habían empezado. —Ellos saben hacer cosas, no porque sean mejores que

libros gratuitos en editorialvida.com

ustedes, no porque sean más fuertes o más listos. Solo porque les tocó aprender primero, en la Forja, a base de sangre y error. Ahora les toca a ustedes. Hoy le enseñamos a poner trampas, a hervir agua, a rajar leña. Mañana ustedes le enseñan a los que lleguen. Porque van a llegar más. Miles. Y si cada uno no enseña a otro, nos comemos vivos en una semana. Bajaba la voz, pero todos oían. Porque a cinco kilómetros por hora el silencio pesa, y la verdad pesa más.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 11

EL PAYASO SIN PINTURA

Mateo iba conduciendo el camión al que llamábamos Pelón, se detuvo unos minutos. Bajó de un brinco. Miró atrás. Entre los huizaches había tres bultos tirados. —¡Tuerca! —gritó. Tuerca saltó del Chevrolet. Se hincó. Morra de 17 con golpe de calor. Viejo de 60 deshidratado. Vato de 15 con el antebrazo chueco. Negó con la cabeza. —Jefe... esto se me va. Mateo no gritó su nombre. Nomás volteó a verlo. El Payaso ya venía caminando. Marro al hombro. Sin pintura. —Quítense —dijo. Mateo ya se estaba descolgando su morral. Esa mochila vieja, curtida, que siempre traía escondida y nadie sabía bien qué guardaba adentro. La abrió. Adentro no había mucho: un frasco de vidrio con suero en polvo, medio vacío. Un rollo de manta blanca, hervida mil veces, cortada en tiras. Dos tablitas de 20 cm, lijadas. Cosas que solo él sabía cuánto le habían costado conseguir y cuidar. —Aquí —le dijo Mateo, pasándole el frasco—. Es lo último. Úsalo bien. El Payaso tomó el suero. Le dio sombra a la morra con una lámina. Preparó el suero con el agua que Marina medía gota por gota. Tragos chicos. Al viejo le puso trapos mojados. De la manta de Mateo. —No tenemos para ponértelo en la vena, don —le dijo—. Hay esto nomás, pa' que te lo tomes. Lo mismo que usamos cuando se cayó el Beto del torno. Agárrese. Con el morro de 15 tomó las tablitas. Las de Mateo. Se las acomodó al brazo. Empezó a amarrar con las tiras de manta. —No lo enderezo —le dijo—. No soy médico. Estuve en Cruz Roja. Si lo muevo mal, no cargas un hacha nunca más. Esto es pa' que no se mueva. Pa' que llegues a Vita. Tuerca le pasó más tiras sin que se las pidiera. Ya sabía dónde las traía Mateo. En el mismo morral donde cargaba el vernier. El Payaso apretó el último nudo. Se paró. Le regresó el frasco a Mateo. Casi vacío. —Se

libros gratuitos en edicionesvita.com

acabó el suero —dijo—. Queda manta pa' cinco vendas. Y las tablitas. Después de eso, improvisamos con corteza y lodo. Como antes. Mateo guardó el frasco. Lo amarró bien. Asintió. —¡Súbanlos! —gritó—. A la plataforma. Entre los tambos. Los cargaron. Un nuevo de 16 se le acercó a Tuerca. —¿De dónde sacó las tablitas el Mateo? Tuerca señaló el morral de Mateo. Viejo. Parchado. Con manchas de sangre seca de hace años. —De su mochila nomás —dijo—. Cosas que guarda desde hace años, pa' cuando llegue el momento. Porque el que manda, carga lo que duele. Y hoy dolió gastar suero. Pero dolía más dejarlos morir. Mateo se subió al Pelón. El Payaso vertió gas en el carburador. Giró la manivela. El V8 rugió. Clonc... clonc... clonc... El Éxodo arrancó. Con tres vivos más. Con el morral de Mateo más vacío. Con dos tablitas que ya usaron tres veces. Conforme fueron avanzando el camino, a su paso se le fueron juntando más y más gente: primero cientos, y al pasar de las semanas y los meses, se hicieron miles. Y a todos, sin excepción, les iban enseñando lo poco que sabían, lo que habían aprendido a golpes y necesidad. Tuvieron que echar mano de más conocimientos: cómo cazar, cómo poner trampas, pero sobre todo aprendieron y enseñaron a pescar, porque eso fue lo que más les sirvió de apoyo. El pescado se conseguía más fácil, rendía mejor y no daba tanto trabajo como perseguir animales o esperar que cayeran en trampas, y se convirtió en el alimento base que los sostuvo a todos. Y conforme avanzaban por terrenos más amplios y fértiles, cada vez tuvieron más oportunidades de cazar animales más grandes, mamíferos que andaban sueltos por las llanuras. Hasta que un día toparon con una manada entera de reses, de esas que se habían quedado libres desde que todo se vino abajo. Fue fiesta total: arre, a agarrar cuantas pudieran, a matar, a descuartizar, a salar y secar. Por fin tuvieron carne de sobra para repartir, para guardar y para alimentar a toda esa multitud que seguía creciendo. Pero con el paso del tiempo, nada dura para siempre. Las corrientes cambiaron, los animales se alejaron o se hicieron más escasos, y hasta los peces bajaron en cantidad. Esa abundancia se fue reduciendo poco a poco, hasta que volvió la escasez, y el

librosgratuitos.en.editorialvia.com

hambre los agobió de nuevo, más fuerte y más cruel que antes, porque ahora eran muchos más bocas que alimentar. Aunque los suministros alcanzaban cada vez menos, cada vez más racionados, esa enseñanza y lo aprendido fue lo único que no se acabó nunca, y lo que los mantuvo firmes para lo que vendría después. Porque en KIREN el botiquín no lo carga el que sabe curar. Lo carga el que manda. Porque curar sin mandar es no alcanzar pa' todos. Y Mateo manda. Por eso duele, pero jala.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 12

EL PESO DE LA SOMBRA

El campamento estaba en silencio, roto solo por el crepitar de la fogata. Unos minutos antes, la tensión había alcanzado un punto de quiebre. Uno de los caminantes, cegado por el hambre y una soberbia mal entendida, había intentado acaparar una ración extra, amenazando con fracturar la poca cohesión que le quedaba al grupo. Mateo había intervenido. No hubo gritos, ni discursos largos. Solo el frío metal de una pistola que apareció en su mano como un relámpago, apenas lo suficiente para que el abusador viera la seriedad en sus ojos. Fue un recordatorio silencioso: en este Éxodo, la supervivencia de uno dependía del respeto por el todo. Una vez que el hombre retrocedió, derrotado por su propia cobardía, Mateo guardó el arma. Se acercó a Marina, quien lo observaba con una mezcla de temor y asombro, y le extendió el peso muerto de su cinto. —Tómala —dijo Mateo, con la voz seca—. No me gusta cargarla. Un arma es una herramienta de último recurso, no un accesorio. Cargarla es sinónimo de problemas, y ya he tenido suficientes en esta vida. Marina tomó el arma, sintiendo la frialdad del acero. Carlos se acercó, sentándose junto a ellos. El aire seguía cargado, pero Mateo, lejos de sentirse victorioso, parecía estar recordando algo que le dolía en lo más profundo. —Mis compañeros y yo éramos trabajadores, gente común atrapada en los engranajes de una IA que no entendíamos —comenzó Mateo, sin mirar a nadie—. Caímos en una trampa que nos absorbió. Vi cómo desaparecían uno a uno. Me sacrifiqué para que pudieran tener una oportunidad... pero de alguna forma, sobreviví. Hizo una pausa larga. —La máquina me dejó vivir bajo una instrucción clara: el exilio absoluto. Nada de tecnología, nada de rastros, o sería borrado de la existencia. Tenía un hijo,

Libros gratuitos en editorialvita.com

Marina. Solo pude dejarle una carta y una foto antes de internarme en la naturaleza. En esa carta solo le escribí una promesa: que si algún día se sentía en peligro, si gritaba "¡Burbuja!", yo acudiría a ayudarlo. Eso fue todo. Mateo sacó la foto gastada de su bolsillo, observándola un segundo antes de guardarla. —Aprendí a ser un cazador furtivo por necesidad. Aprendí a vivir donde el sistema no mira. Por eso estoy aquí con ustedes; porque sé lo que se siente ser un número en el Filtro Burbuja, y sé que el sacrificio que hice por mis amigos no valdrá de nada si permito que la ambición destruya lo que estamos construyendo. Marina y Carlos guardaron silencio. Ya no veían al hombre duro que imponía orden con un arma; veían a un padre que había vivido años en el destierro, aferrado a una promesa que, hasta ese momento, pensaba que nunca tendría que cumplir.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 13

EL TRUCO DE LA CABEZA

El hambre y la incertidumbre eran compañeros de viaje inseparables. A medida que avanzaban por las tierras baldías, el grupo —ese gran conjunto de almas, miles de personas que buscaban un refugio más allá del alcance de los filtros— había caído en una espiral de silencio pesado. La necesidad de alimento y la fatiga del camino habían nublado su capacidad de asombro; caminaban con la mirada hundida, prisioneros de su propia angustia. El Payaso, que caminaba al final de la columna, observaba los hombros caídos de sus compañeros y la desesperación que, como una bruma, empañaba sus ojos. Sabía que la mayor cárcel no estaba construida de acero ni de código, sino de pensamientos repetitivos. Se detuvo en seco. Su presencia, cultivada a través de décadas bajo las luces de la calle y el sol implacable de las plazas, atrajo la atención de todos. —¡Deténganse! —ordenó. No era un grito autoritario, era una invitación a la pausa. El grupo se detuvo, confundido. Un joven, Damián, lo miró con los ojos vacíos, su rostro una máscara de hambre y decepción. El Payaso se acercó a él con esa lentitud pausada del que sabe que el tiempo es solo una ilusión. Se detuvo justo frente al chico, mantuvo una mirada fija, profunda, y luego, con la precisión de un cirujano, bajó la vista hacia el suelo. El Payaso extendió su dedo índice y señaló un punto preciso en la tierra, justo a los pies del joven. Con una seriedad absoluta, casi solemne, sentenció: —Se te cayó la cabeza. Por un segundo, el tiempo se detuvo. El joven, sin razonar, impulsado por una obediencia ciega al instinto, bajó la mirada bruscamente hacia donde el dedo del Payaso apuntaba. Buscó en el suelo, como si esperara encontrar su propia cabeza rodando entre el polvo. El silencio duró un parpadeo, hasta que Damián, al darse cuenta de la absurda trampa en la que

libros gratuitos en editorialvita.com

acababa de caer, dejó escapar una risa nerviosa. Segundos después, la risa se contagió. Marina, Carlos, incluso el resto de los caminantes empezaron a reír. Primero fue una risa ligera, y luego una carcajada franca, genuina, que sacudió el aire cargado de la zona. El Payaso permaneció ahí, erguido, con una media sonrisa en los labios mientras los observaba liberarse. Esperó a que el eco de la risa se apagara un poco antes de hablar, su voz resonando con una autoridad suave. —¿Se fijaron? —preguntó—. Ustedes estaban muriendo de hambre, desesperados por el mañana, atrapados en la miseria de lo que les faltaba. Pero una frase absurda les bastó para que, sin cuestionar, bajaran la vista. Su mente les dijo que su cabeza estaba en el suelo, y ustedes obedecieron. El joven, ya erguido y con una luz nueva en los ojos, miró al Payaso. La desesperación no se había ido, pero la forma de verla había cambiado por completo. —Nadie les ha quitado la comida —continuó el Payaso—, nadie les ha quitado el futuro. Lo que les han robado es la capacidad de decidir dónde poner su atención. Su cabeza, su juicio, su verdad... siempre han estado donde deben estar. No dejen que el hambre les robe la consciencia. Estamos aquí, estamos vivos, y mientras podamos reírnos de la trampa, la trampa no tiene poder sobre nosotros. El grupo comenzó a caminar de nuevo, pero esta vez el ritmo era distinto. Ya no arrastraban los pies. Habían entendido, en ese gesto simple y milenario, que para conquistar el mundo exterior primero debían recuperar el control de su propio escenario mental.

libros gratuitos en edicionalvia.com

CAPÍTULO 14

LA PALABRA SECRETA

El Éxodo siguió avanzando mes tras mes, atravesando tierras áridas, ríos secos y llanuras que parecían no tener fin. Después de tanto camino, de tanto sufrir, de tanto aprender y de tanto sobrevivir, por fin apareció ante sus ojos lo que buscaban: las grandes murallas y las puertas imponentes de Vita. Mateo miraba aquella construcción con el corazón apretado. Llevaba años cargando esa duda: ¿estaría realmente su hijo aquí adentro? ¿Lo volvería a ver alguna vez? No tenía certezas, solo una promesa guardada en el alma y una foto desgastada que sacaba a mirar en las noches más largas. Dentro de la ciudad, Lucas y Elías observaban por las pantallas de las cámaras de vigilancia, como hacían siempre cuando alguien se acercaba. Pero esta vez lo que veían los dejó helados y confundidos. Desde que existía Vita, siempre llegaban grupos pequeños: de dos, tres, diez o veinte personas, fugitivos aislados que lograban escapar del sistema. Pero esto era algo que nunca habían visto, algo que nadie les había contado jamás: venían miles y miles de personas, organizados, ordenados, trayendo camiones, herramientas y todo lo necesario para mantenerse en pie. Era un ejército de vida caminando hacia sus puertas. —¿Qué diablos es esto? —preguntó Elías, con la voz tensa—. ¿Vienen a invadirnos? Lucas negó con la cabeza, igual de sorprendido, pero no supo responder. No había señales de violencia, no traían armas apuntando, pero eran demasiados, demasiado fuertes, y en ese mundo donde la desconfianza era la regla número uno, la precaución era cuestión de vida o muerte. Así que tomaron la decisión: las puertas se mantuvieron cerradas. Los barrotes quedaron corridos, los cerrojos puestos, y se prepararon por si aquella multitud intentaba forzar la entrada. Fuera, Mateo veía que no se movía nada.

libros gratuitos en editorialvita.com

Las puertas permanecían impasibles, como si ni siquiera hubieran sido vistos. Pasaron minutos, pasaron horas, y la desesperación le fue ganando por dentro. No tenía otra estrategia, no tenía más recursos, no quedaban más opciones. Entonces, con toda la fuerza que le quedaba en el pecho, levantó los brazos y empezó a gritar con todas sus fuerzas, una y otra vez, hasta que le dolió la garganta: —¡BURBUJA! ¡BURBUJA! ¡BURBUJA! Carlos y Marina, que estaban cerca, se miraron entre sí. Recordaron perfectamente lo que Mateo les había contado aquella noche, lo que guardaba en su pasado: la carta, la foto, la promesa que le había hecho a su hijo años atrás. Él siempre había dicho que sería su hijo quien gritaría pidiendo ayuda, nunca imaginaron que sería él quien pronunciaría esa palabra como su último recurso. Sin pensarlo dos veces, Carlos y Marina se sumaron a él: —¡BURBUJA! ¡BURBUJA! Y como una ola que se expande, el grito fue pasando de boca en boca. Miles de personas, sin saber exactamente por qué lo hacían, sin conocer el significado, solo guiados por la fe que tenían en su líder, empezaron a gritar al unísono. Miles de voces retumbando al mismo tiempo, una sola palabra llenando todo el valle: —¡BURBUJA! ¡BURBUJA! ¡BURBUJA! Dentro, Lucas se quedó paralizado al escuchar el sonido. Esa palabra... esa palabra exacta. La había leído mil veces en la carta que su padre le dejó, la había guardado como el tesoro más valioso, el secreto que solo ellos dos conocían. Nadie más podía saberla, nadie más podía pronunciarla. El corazón le empezó a golpear el pecho como un martillo, y la curiosidad mezclada con la esperanza lo empujó hacia adelante. —¡Voy a salir! —dijo de golpe, y antes de que Elías pudiera detenerlo, ya caminaba rápido hacia la entrada. Elías corrió tras él, confundido pero siguiéndole el paso, y juntos fueron descorriendo cerrojos, levantando barrotes, hasta que las grandes puertas de Vita comenzaron a abrirse lentamente. La luz del sol entró por la rendija, y ahí, frente a frente, se vieron. Mateo lo reconoció al instante: los rasgos, la mirada, todo coincidía con la imagen que llevaba guardada en su mente y en aquella foto vieja. Y Lucas también lo reconoció, porque tenía la

libros gratuitos en editorialvita.com

misma mirada, la misma postura, era el hombre que veía en la imagen que nunca soltaba. Por primera vez en quince años, padre e hijo se miraban cara a cara.

libros gratuitos en editorialvita.com

EPÍLOGO

Las puertas de Vita se cerraron lentamente tras los primeros grupos, pero ya no lo hicieron con el miedo de antes, sino con la responsabilidad de proteger lo que habían construido.

KIREN ya no existía como sistema. El pulso electromagnético había apagado sus redes, sus torres y su control en todo el mundo. Las máquinas que antes gobernaban todo ahora eran chatarra fría y silenciosa. El peligro ya no venía de un algoritmo lejano, sino de la escasez, de las tierras secas y de la costumbre de sobrevivir solo para no morir.

Pero Vita era diferente. Allí no se entraba por fuerza ni por suerte. Las reglas eran claras y se explicaron a todos por igual, con voz fuerte y sin ambigüedades:

libros gratuitos en editorialVita.com

Si entras, tienes siete días. Puedes conocer, puedes aprender, puedes buscar tu lugar. Pero si en ese tiempo no creas nada, si no aportas, si solo esperas recibir... tendrás que irte. Vita no es un hotel, es vida. Y la vida exige crecimiento.

Puerta que no se abre, no entras. Si el mecanismo no cede, es que tu momento no ha llegado. Hay que saber esperar y respetar.

Y nunca toques el Código de KIREN. Es la ley sagrada que mantiene la armonía, escrita para que nada se descontrole.

Fuera de los muros, los que esperaban no fueron abandonados. Se les organizaron campamentos seguros, se les dio comida y se les enseñó a trabajar

en comunidad mientras llegaba su turno. Porque en este nuevo mundo, nadie sobraba; solo faltaba encontrar su lugar exacto.

Dentro, por fin, padre e hijo se miraban cara a cara. Quince años de distancia, de soledad y de promesas cumplidas. Pero la reunión no fue solo de dos personas: llegó con ella toda la experiencia del Éxodo, la fuerza de la Forja y la sabiduría de quienes habían aprendido a sobrevivir con lo mínimo.

Fue entonces cuando ocurrió algo que nadie esperaba. Mientras todos se ponían al día, el Payaso —ese hombre de 91 años que caminaba con la misma ligereza de un joven— se detuvo frente a una puerta que nadie había podido cruzar: la Zona 0.

Sin llaves, sin códigos, sin pedir permiso... la puerta se abrió sola.

libros gratuitos en editorialvita.com

Entró riendo, como quien llega a su propia casa. Y cuando salió minutos después, ya no era el mismo: irradiaba una luz tranquila y profunda, y contó lo que había visto: no había máquinas, ni tesoros, ni secretos ocultos. Allí solo estaba el reflejo de uno mismo, tal como era a los cinco años —puro, libre, sin miedos ni preocupaciones.

—La puerta no se abre por tecnología —explicó con esa sonrisa que ya todos conocían—. Se abre por la frecuencia con la que vibras. Solo entra quien suelta el peso de los años, quien se quita el miedo al ridículo y vuelve a ver el mundo con ojos de niño. Crear es jugar, jugar es sanar, y sanar es salvar.

Y así, en ese instante, todo cobró sentido. El Éxodo había terminado, pero la verdadera misión apenas comenzaba: no bastaba con llegar a un lugar seguro; había que reconstruir también el corazón, recuperar la esencia perdida

y entender que lo único que nunca se apaga, ni con pulsos ni con ruinas, es lo que llevamos dentro.

Porque en Vita, la moneda ya no era el dinero, ni el poder, ni la tecnología. La única moneda que valía era crear. Y la única ley que nunca fallaba: tú te puedes salvar.

libros gratuitos en editorialvita.com

NOTA FINAL

Y esto no termina aquí. Además de estos 23 libros que tienes en tus manos, ya llevo en proceso otros 24 títulos más: historias nuevas, reflexiones más profundas, anécdotas que siguen naciendo al mismo ritmo.

Es la confirmación de lo que cuento en estas páginas: cuando le quitas peso a lo que no sirve, la mente no se detiene, fluye. No es solo lo que ya escribí: es todo lo que sigue viniendo, mientras siga vivo y siga eligiendo ser libre.

Gracias por acompañarme hasta aquí. Nos seguimos leyendo en los que faltan.

libros gratuitos en editorialvita.com

ATENTAMENTE

TU PAYASO™

ADVERTENCIA

A lo largo de la historia, el ser humano común nunca ha aparecido. Nosotros, los que somos la base de la civilización y los verdaderos pilares —los que trabajamos, limpiamos, cuidamos, ayudamos y sostenemos la rutina de todos los días—, casi nunca hemos sido mencionados. Sin nosotros, simplemente no habría historia.

Por eso, a cambio de mis libros y de mi lectura, te pido que me compartas un pedacito de la tuya. No importa a qué te dediques: si limpias, barres, construyes o lo que sea que hagas en tu día a día, o simplemente un pedazo de lo que tú quieras contar de tu vida. Queremos crear un libro donde tu voz quede guardada junto a la de miles o millones de personas, en una biblioteca que podrá ser consultada por las generaciones futuras durante mucho tiempo.

No te preocupes por la ortografía ni por redactar "bonito". De hecho, es mucho mejor si escribes tal como eres: eso demuestra que somos seres humanos reales, no inteligencias artificiales.

La intención de crear esta comunidad a través de nuestras palabras es poder construir casas para cuidar y apoyar a la gente mayor. Cuidar a nuestros adultos mayores es vital, y podemos lograrlo de una manera que ni te imaginas.

Te pido encarecidamente que explores nuestra página web para conocer a fondo el proyecto Casa VITA. Pero lo más importante de todo es saber si quieres ayudarnos con tu historia y sumarte a la meta de formar la comunidad más grande de internet: una comunidad de personas plenamente conscientes del rumbo que lleva nuestra vida con el paso de los años.

Déjanos tu historia y conoce el proyecto en:

🌐 editorialvita.com

Tu vida es la verdadera historia. No dejes que la borren.